ALFONSO USSÍA

La exhumación de papá y el cróquet

LA ÚLTIMA AVENTURA DEL MARQUÉS DE SOTOANCHO

ALMUZARA

Ilustraciones de Barca

ALFONSO USSÍA

La exhumación de papá y el cróquet

Ilustraciones de

BARCA

© Alfonso Ussía Muñoz-Seca, 2020

© Ilustraciones: Barca, 2020

© Editorial Almuzara, s.l., 2020

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Editorial Almuzara • Colección Novela

Director editorial: Antonio Cuesta
Corrección de José López Falcón

Ebook: R. Joaquín Jiménez R.

www.editorialalmuzara.com pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

isbn: 978-84-18346-21-7

A Juan Carlos Sánchez Samper, biógrafo de Sotoancho, archivo viviente

de los dibujos geniales de Barca y los textos de Ussía, siempre

hermanados. Con el cariño, amistad y gratitud del autor

I

Desde mi boda con Paula, La Jaralera es un paisaje de armonía y felicidad. Mi administrador, Colombís de Colombás, listísimo, lleva mis rentas con escrupulosa precisión, y a nadie engaño si reconozco que soy la segunda fortuna de España, inmediatamente después de la de Amancio Ortega. Pero lo de este hombre carece de mérito, porque ha trabajado como un mulo, en tanto que yo, a decir verdad, no he pegado con un palo al agua desde que nací. El capellán, don Riquelme, está en su mejor momento, y Tomás, mi leal mayordomo y amigo, no quiere abandonar La Jaralera por nada del mundo.

—Yo me muero aquí, señor marqués.

—Te agradezco la confianza, Tomás.

Al haber fallecido el noventa por ciento de los competidores del anual Gran Premio de Canicas sobre Alfombras de la Real Fábrica de Tapices, me he quedado con el bolón de oro, y ordenado la creación de una cancha de cróquet, que se ha puesto de moda en toda la parte bien de España. Se juega con uniforme blanco, y Paula de blanco es como una gaviotilla de interminable atractivo. He construido la cancha de cróquet con los planos y las medidas de la que mi amigo Luis de la Peña hizo en Sierra Morena, en el Horcajuelo, para su mujer, Graciela. No contento con ello, también construyó una similar en su casa de Somió, en Gijón. Lo curioso es que Luis era tan generoso que jugaba al cróquet igual de mal que yo, o aún peor, si ello es posible.

Todas las mañanas, a eso de las diez, Paula baja al cróquet y compite con don Riquelme, que empieza a molestarme por su habilidad.

—Cristián, ha vuelto a ganarme don Riquelme.

—Pues cambiamos de cura, mi amor.

—Nada de eso. Además de buenísimo con Dios, es formidable en el cróquet.

Me mosquea tanto el cróquet. Y para colmo, don Riquelme, que es diocesano y viste sotana negra, cuando baja a jugar luce de blanco y parece dominico o el mismo Papa. Porque al cróquet, si no se va de blanco, está prohibida la participación en cualquier campeonato, por doméstico que sea. Además de Graciela, me han dicho que hay por ahí suelto un conde de Tepa al que tenemos que invitar, aunque su juego deje mucho que desear.

—Mi amor, tienes que animarte y jugar al cróquet.

—No, mi vida. Soy muy torpe. Jamás he destacado en los deportes. Y me da miedo el mazo. Es como si tuviera un pitilín circunstancial de madera.

—Eres incorregible, mi amor.

Por lo demás, todo viento en popa. Más dinero que nunca y felicidad completa. Tengo todavía bien engrasado el muelle, y Paula se mantiene, siempre devota y religiosa, decididamente galopera. Me lo comentó Tomás.

—La señora marquesa, a este ritmo, le va a provocar un pipirlete.

—Tomás, no tienes permiso de opinión al respecto.

—Pero sí honda preocupación.

—A mí también me preocupa tu vida disipada y me callo por respeto a tu libertad.

—Señor marqués, yo ando ya en permanentes flojerías.

—Igagg, ja, ja, igaggg.

—A mí no me hace gracia alguna.

—La vida, Tomás, la vida. El desencuentro con el placer le llega a unos antes que a otros. Los bien somos más tardíos en el inicio, pero nos mantenemos mejor en las otoñadas.

—Lo suyo son invernadas.

—Me micciono de la risa, Tomás.

* * *

Tomás se mantiene en perfecto estado, pero es muy llorón, a pesar de haber nacido en Tubilla del Agua, valle del Rudrón, norte de Burgos. Él dice ser de Quintanilla de Escalada, por donde cruza el Ebro; pero nanay, es de Tubilla y no se lleva con su familia. —Son muy secos, señor marqués.

—Ni que tú fueras líquido.

—Comparado con los míos, soy la alegría de la huerta. El pasado año envié por Seur a uno de mis sobrinos un vestido de neopreno para pescar cangrejos en el río y todavía no me ha dado las gracias.

—Eso no es ser seco, Tomás, es ser un grosero.

—Bueno, allá él. Por eso le decía que no quiero jubilarme y, cuando Dios decida llevarme a su lado, que mis huesos descansen para siempre en el cementerio de Guadalmazán del Marqués, y si es cerquita de usted, mejor que mejor.

—Ya sabes que te he reservado un terrenito muy céntrico y muy bueno, y no estaremos lejos. Oye bien. En el centro del cementerio están enterrados, en su panteón, el bisabuelo, el abuelo y mi padre. En un nicho, por mala, está mamá. Yo ocuparé la tumba B-17 y reservaré para Paula la I-18. Cuenta con la B-19 para ti. La C-7 me la ha pedido Miroslav, que ya piensa en esas negruras. Y la M-9 se la he cedido a don Riquelme.

—Que es más jugador de críquet que cura, señor marqués.

—Y siempre le gana a Paula, la señora marquesa. Tengo que hablar muy seria- mente con él. O se deja ganar algún día o lo devuelvo empaquetado y vestido de blanco al obispado. No hay derecho.

—Es un capellán muy ambicioso.

—Más que ganarse el cielo quiere ganar al críquet. Y hasta ahí podíamos llegar. Y mejor hablar con él antes del campeonato que estoy preparando. Voy a convidar a quince parejas y le he encargado a Pinchaúvas, el platero, dos trofeos de tronío. Plata bañada en oro, Vermeil, como el de Wimbledon.

—Pues se lo lleva el cura.

—Es posible, pero si juega con Paula de pareja, todo se queda en casa.

—¿Para cuándo el gran torneo?

—Para primeros de diciembre. Recuerda a Flora y a Pepillo que preparen la casa de los cazadores para albergar a los invitados.

—¿Usted no tiene previsto competir?

—Jamás de los jamases. Yo haré de árbitro.

—No se sabe el reglamento.

—Consígueme un ejemplar.

—¿Tapa dura o tapa blanda?

—Lo que te salga del pirulo, Tomás.

* * *

Felicidad completa. En la berrea he cazado un venado de dieciocho puntas y días más tarde, en la ronca, un gamo que parece un alce. Últimamente me ha revenido la afición a la caza, y disfruto mucho con Miroslav y Modesto en los atardeceres. Miroslav ya está casado con María y Modesto, mi gran guarda mayor marica, anda ahora enloquecido con uno al que llaman el Altramuz, muy educado, trabajador y valiente. Remata a los cochinos sin prudencia, y cada vez que lo hace grita Modesto: «¡Altramucillo, más cuidado, que me vas a dejar solo en este mundo!». Este último verano viajaron a Madrid a lo del Orgullo Gay y volvieron horrorizados:

«Cada vez quedan menos maricas de los de toda la vida, señor marqués».

Hay que adaptarse a los tiempos, aunque Miroslav no comparte mi opinión.

—En Serbia no gustar los raros, señor marqués.

Miroslav es así. Y también hay que adaptarse a sus gustos y preferencias.

Solicita audiencia mi administrador, Colombís de Colombás, valenciano y muy competente. Hemos llegado a un acuerdo en el trato cotidiano.

—Puede dirigirse a mí por mi nombre, pero sin tuteo.

Es de buena familia, me lo recomendó Rafael Trenor, y es nieto de la marquesa de las islas Columbretes.

—Buenos días, Cristián.

—Buenos días, Colombís de Colombás. O Vicente a secas.

—Mejor Vicente, que es más cortito.

—Quería hablar contigo, Vicente. En diciembre organizo un gran torneo de críquet y quiero que mis invitados, unas quince parejas, se

vayan de aquí alabando al Señor y a mí, simultáneamente. ¿Cómo andamos de caja?

—Le salen los millones por las orejas, Cristián.

—Pues no repare en gastos. Cada invitado, al llegar a su habitación, tendrá sobre la almohada un bronce de críquet.

—Me enteraré de dónde puedo adquirirlos.

—Le doy hecha la gestión. Busque en Butts & Grove, en Londres. Tienda especializada en bronces de críquet. Encargue 35, por si se cuela algún gorrón a última hora. Con sabor antiguo, de mediados del siglo pasado.

—Le mostraré los modelos y usted elige, Cristián. Pero mi solicitud de audiencia nada tiene que ver con el críquet.

—Suelta la húmeda.

—Se trata de una citación del Juzgado número 7 de lo Penal de Sevilla. La cita es para mañana, jueves.

SOLICITA AUDIENCIA MI ADMINISTRADOR...

—Tiene que ser una equivocación. Acude en mi nombre y, de haber algo, intenta averiguar de qué se trata.

—Así lo haré, Cristián.

—Y una última cosa, Colombís. Muy discretamente, sin testigos, en una charla carita a carita, le dices al padre Riquelme que deje ganar a mi mujer alguna vez en el cróquet. Según parece, es muy habilidoso y puñetero en el juego, y doña Paula pierde muy bien, pero empieza a sentirse humillada. Y por ahí no paso.

—Se lo diré, Cristián. Carita a carita y sin reservas.

Siempre hay nubes. Ignoro qué falta puedo haber cometido para ser citado por un juzgado de lo penal. Quizá cuando llamé «Lenin de pacotilla» al alcalde de Guadalmazán del Marqués —yo, mi persona —, que gobierna con el apoyo del PSOE, aunque su partido, Más Guadalmazán, obtuvo tan solo una concejalía. Cuatro el PSOE, dos el PP, una Vox y la última Ciudadanos. Eso, las sumas y las restas, los pactitos y la corrupción. Me anunció que se proponía fomentar, una vez cada semana, una visita turística a La Manchona, donde viven tres o cuatro linces. Le dije que no. Me amenazó y le llamé «Lenin de pacotilla» en la puerta del ayuntamiento. Que Colombís de Colombás se entere bien del asunto.

Paula en el salón, esperándome para el aperitivo. Tomás me ha servido la ginebrita y don Riquelme ha irrumpido con pelo mojado de la ducha. De nuevo ha ganado. Paula, incapaz de mostrar rencor, lo ha comentado.

—Don Riquelme, mi amor, es maravilloso con el mazo.

Frase de doble filo. No obstante, he intentado imponerme.

—Don Riquelme, no sabía que en el seminario hubiera un campo de cróquet.

—No, don Cristián, en el seminario no, pero en casa de mi primo Chema Noriega, en Sorribas, Asturias, he pasado muchos veranos jugando al cróquet y tirando al pichón. Y sí, lo reconozco, soy habilidoso en sumo grado.

—La señora marquesa empieza a estar de usted hasta las narices.

—Pues que aprenda a dominar los nervios. Soy un vencedor nato y no pienso dejarme ganar. Lo que tiene que hacer doña Paula es dejarse de ñoñerías y darle al mazo sin pensar que la bola es la

cabeza de un inmigrante somalí.

—Yo no pienso en eso, don Riquelme. Sucede que usted respira muy fuerte y me pone nerviosa.

—Pues a tomar Lexatín.

Muy áspero don Riquelme. Espero que Colombís de Colombás tenga éxito en su recomendación. Miroslav entra en escena. Como jefe de seguridad interior y exterior de La Jaralera tiene derecho a copa.

—Tomás, una copa para el jefe de seguridad.

—Gracias, señor. Tomás, un Rioja.

—Por supuesto, señor jefe. ¿Gran reserva?

—Gran, muy gran, querido Tomás.

Miroslav es un gran conocedor de vinos y cosechas, y no hay quien le dé gato por liebre.

—Dime, Miroslav.

—Señor marqués, he sancionado con veinte euros a Modesto por besar en el carril de los zorzales al Altramuz. No beso de buenas noches a la madre, sino en boca y largo.

—Bien hecho, Miroslav. Esto no puede convertirse en Sodoma y Gomorra.

Paula ha intervenido:

—Es más justo y cristiano advertir que sancionar. Me parece mal que se besen en el carril, pero Modesto lleva muchos años en esta casa y creo que no merece una sanción económica directa.

Don Riquelme, indignado:

—¡Señora, si en esta casa dos palomos se besan en un carril hay que sancionarlos! Hay menores.

Intervengo:

—Todos tienen razón. Rebaja la sanción a diez euros y le adviertes a Modesto que otro beso en lugar frecuentado por almas inocentes conllevará una dolorosa sanción económica. ¿Todos de acuerdo?

—Yo no —sentenció don Riquelme.

—Pues yo sí —exclamó Paula—. Al fin le gano en algo.

—Ya lo sabes, Miroslav: diez euros y advertencia.

—A sus órdenes, señor marqués. Tomás, un rellenito.

—Ni rellenito ni vainas. A cumplir la orden.

—Algún día me vengaré, Tomás.

* * *

Comida violenta, con muchos silencios. En efecto, don Riquelme respira muy fuerte.

Maravillosos huevos revueltos con níscalos y una merlucita rebozada con tacos de patatas fritas. He invertido en la cocina contratando a Erostarbe, un cocinero de San Sebastián que es la monda. Sobrino de Iturrioz, el de los toldos.

—Don Riquelme, mi mujer no exagera. Usted respira como un gorila asmático, y se entiende que doña Paula no acierte con el mazo en la bola ni en la dirección.

—Paso por días de catarros otoñales.

—Pase pronto, porque, de seguir así, no se sienta más en el comedor.

De cuando en cuando hay que demostrar quién es el dueño del tinglado. Pero intuyo que el cróquet puede llegar a ser un volcán de rechazos y enemistades. Espero que la sangre no llegue al río.

Mañana, jueves, viaja a Sevilla Colombís de Colombás para averiguar el motivo de tan chocante citación judicial. Café y siestecilla con Paula, que se conoce todos los timbres de mis puertas.

Puertas abiertas. Pasión. Modorra.

* * *

Cuando he despertado, Paula había abandonado su parcela camera. Está en el jardín vestida de blanco. Se dispone a jugar al cróquet con el canalla de don Riquelme, que ahí está, de blanco de cuello a escarpines, con el mazo dispuesto y las estrechísimas puertas de este nuevo cróquet preparadas para ser penetradas. Paula se ha distraído con el galope de un venado que baja hacia el Guadalmecín, que es río casi siempre generoso y abundante de agua. Don Riquelme ni ha mirado al ve- nado. Piensa en su estrategia.

Una motocicleta irrumpe en el paraíso. Tengo dicho y ordenado a los guardas que en casa están prohibidas las motocicletas, las bicicletas con motor mosquito y los patinetes. No

obstante, han permitido su acceso porque el jinete de la motocicleta es Barrabás, el emisario motorizado del sinvergüenza del alcalde. Miroslav se adelanta y lo interroga.

—¿Se le ha perdido a usted algo por aquí?

Barrabás balbucea.

—Traigo una comunicación oficial para el señor marqués firmada por el señor alcalde de Guadalmazán. Y mi obligación es entregarla personalmente al sujeto recipiendario.

—Me lo entrega a mí y usted retorna —le ha dicho Miroslav.

—Usted no es nadie, extranjero, para obligarme a no cumplir con la orden municipal.

—Pero soy mucho para dejarle el culo como un coladero con un cartucho de sal.

—Será usted reglamentariamente denunciado.

—Perfecto. El sobre.

Barrabás Lucena no es hombre de resistencias, y menos aún de firmeza ante un excoronel de Serbia. Le ha entregado el sobre y ha partido a toda pastilla hacia la entrada de La Jaralera, que sigue custodiada por el Rastrojero, que ese sí que era rojo hasta que se dio cuenta de la tontería. Padre de Carmela, mi Carmelilla, antigua militante de Femen y mi amor cimero durante unos meses.

Miroslav ha acudido a mis dependencias privadas con el sobre en la mano
derecha. Taconazo y entrega.

—A sus órdenes, señor. El alcalde le envía este oficio.

—Gracias, Miroslav. Lo leo y te digo.

—No pude morir por Serbia, pero si he de hacerlo por usted, cuente con mi óbito.

—Gracias, mi coronel. El oficio o comunicado municipal dice así:

Cristián Ximénez de Andrada y Belvís de los Gazules. Marqués de Sotoancho. Plaza.

De acuerdo con la Ley de la Memoria Histórica, promulgada durante el tiempo de Gobierno de Rodríguez-Zapatero, respetada por el presidente del Gobierno del PP Mariano Rajoy, y valientemente activada por nuestro actual presidente, Pedro Sánchez y señora, vengo a comunicarle.

Que habiendo sido su padre franquista, no merece que sus restos mortales reposen en el panteón principal del cementerio de Guadalmazán.

De ahí que, en las próximas semanas, y después de haber visitado por enésima ocasión el Vaticano, doña Carmen Calvo Poyato, íntima del Papa y con el permiso y el apoyo de Su Santidad don Francisco, los huesos de su padre, Ildefonso Ximénez de Andrada y Valeria del Guadalén serán exhumados y trasladados a otro lugar. La señora vicepresidenta Carmen Calvo, experta en huesos, ha decidido, y yo lo apoyo, que el cadáver de su padre pase a ocupar una tumba vacía en el cementerio de la bella localidad minera leonesa de Villablino, porque así lo hemos decidido y al que se oponga, que le den morcilla. Lo que tengo a bien comunicarle el 14 de octubre de 2019.

Firmado.

Máximo Gutiérrez Iglesias.

Alcalde de Guadalmazán del Marqués

—Miroslav, me tienes que hacer un favor.

—El que sea, señor.

—Vas al pueblo, preguntas por al alcalde y le dices de mi parte, sin responsabilidad por la tuya, que en el cementerio de Villablino va a enterrar a su puta madre. No olvides remarcar lo de «puta madre», que concede a cualquier comunicación una brisa de cordialidad que no deseo perder.

—¿Dos veces «puta madre» o solo una?

—Dos veces, Miroslav. O mejor aún, tres veces.

—Ahora mismo parto a cumplir sus órdenes.

—Gracias, Miroslav. Además de jefe de seguridad de esta casa, eres un soldado amigo.

—Si no fuera por usted, mi futuro no existiría.

El colmo. Mi padre, que no estuvo jamás en la provincia de León, que no vio nunca las murallas de Ávila ni la Plaza Mayor de Salamanca, enterrado en Villablino porque al Papa, Carmen Calvo y Máximo Gutiérrez Iglesias les sale del capullo. Pues no. Resistiré. Además, mi padre no fue franquista, sino partidario de Don Juan. Mi madre sí, pero van a lo fácil.

Y yo me pregunto: si el cementerio es mío y los enterrados allí yacen bajo la tierra gracias a mi generosidad, ¿cómo voy a permitir que se lleven al anterior propietario del cementerio a Villablino? Este

Papa es rarísimo y me temo lo peor. Lo peor para él, que no para los huesos de mi padre, que están y estarán siempre en su sitio.

La Memoria Histórica es una revancha de idiotas. Papá, no te preocupes. Nadie te va a mover de Guadalmazán.

II

Para liberarme de preocupaciones, he paseado hasta la casa de entrada, la de Julio el Rastrojero, para ver a mi ahijada, la hija de Carmela. Su marido, el sobrino de Miroslav, Stanislav, a pesar de ponerme los candelabros con Carmelilla, forma parte de la guardería. Julio me recibe con los brazos abiertos.

—Bienvenido, señor marqués.

Julio era más rojo que una corbata del Banco de Santander, pero se ha reconducido. Y Carmela, mi viejo amor, me trata como a su viejo amante, sin reservar cariños y besos. La rescaté de Femen, cuando iba por las puertas de las iglesias mostrando orgullosa sus pechos. Mi ahijada, Wanda, es una preciosidad de niña, mitad Andalucía mitad Serbia. Y también me abraza con apenas un año de vida.

A veces, le pido a Julio que me acompañe cuando voy a La Manchona, el campo serrano y cerrado de La Jaralera. No le he dicho que lo hago para no toparme en soledad con los linces, que me dan mucho susto. Miroslav está con el cochino del alcalde y Pepillo ya se ha puesto a la faena con Flora, limpiando y preparando la casa de los cazadores, donde papá se escondía de mamá para organizar sus juergas flamencas. Mamá se refería a esa casa como «la de los pecadores», pero a mi padre le importaban un rábano los celos de mi madre.

En un viejo jeep descapotado, me dirijo a La Manchona con Julio el Rastrojero. Al pasar

por la Sembraera, centenares de perdices, perdices de verdad, ametralladoras cuando rompen a volar. No quiero cazarlas este año. Ya en los primeros carriles pindios de La Manchona, nos topamos con un venado cumpliendo sus deberes naturales. Nos mira con recelo, por la interrupción. Ahí, en lo alto, hice el amor por vez primera con Carmela, pero Julio ya ha superado el rigor paterno.

—Ahí fue, ¿no, señor marqués?

—Sí, Julio. ¡Qué coraje te entró!

—Hombre, señor, uno, antes que nada, es padre.

—Pero si era con un podemita, no te importaba.

—También es verdad. Bueno, ¿para qué recordar los errores?

—Estás filosófico, Julio. Corazón de La Manchona. Desde el barranco de los Alimoches empujó don Ignacio, el viejo capellán, a mamá en su silla de ruedas. Mamá no tenía nada de nada, pero hizo una promesa por el hambre en Somalia. Estaría en silla de ruedas unos días y el que tenía que empujarla era don Ignacio.

Este se hartó y despeñó a mi madre, que por fortuna o desgracia, que todo es discutible, aterrizó en la copa de un pino y no se hizo ni un rasguño. Don Ignacio se excusó diciendo que fue una imprudencia, pero al cabo de los meses cantó la de «El Soto del Parral».

—Don Cristián, yo empujé a su madre hacia el precipicio.

—Lo sabía, don Ignacio. Y Tomás, también. Pero la empujó muy malamente.

—Sí, en lugar de dirigirla hacia las peñas, lo hice en dirección al pinar, y eso le salvó la vida.

—Creo recordar que murió una paloma del susto al encontrarse pico a pico con mi madre.

—Seca se quedó. No estaba la pobre acostumbrada a ese tipo de visiones.

Julio se ríe con mi memoria histórica de La Jaralera.

—Mire, señor. Detrás del madroño grande. Mire.

Un lince. Tranquilo, maravilloso, arrogante. Sabe que es intocable. Nos vigila.

—Vamos a acercarnos, señor.

—No, Julio, que es un felino. El gato es de poco fiar. Y lo intuyo

malhumorado.

—El lince es muy bonito, señor, pero tonto. La mitad de los que mueren atropellados lo hacen en las lindes de las autopistas, donde crían los conejos. Cruzan la carretera sin mirar, se creen con permiso para todo y mueren. Una pena, pero es así.

—No sabía que eras tan sabio en linces.

—Señor, rastrojando diez años en La Jaralera se trata mucho con los animales.

Lince visto. No hay que informar a nadie. Se entera el caraculo del alcalde y me manda tres autobuses del Imserso todos los sábados.

—No hemos visto ningún lince, Julio.

—Lo que usted diga, señor.

De vuelta a casa, Paula de blanco y con el mazo. Enfurruñada.

—Me ha vuelto a ganar don Riquelme, mi amor. Este hombre tiene un pasado de cróquet que asusta.

—Se lo devolvemos al arzobispo.

—Tampoco es eso. Pero al final de la partida, me humilla.

—¿¿Cómmmooo??

—Hoy me ha dicho que he perdido porque soy una petarda.

—¿¿Eeehhh??

—Lo que oyes, mi vida. Dos frentes abiertos. La exhumación de los restos de papá y el capellán croquista.

—Sube, te duchas, te cambias, te bebes una copa conmigo y cuando aparezca don Riquelme se va a enterar. ¿Petarda?

—Sí, Cristián. Me ha llamado petarda.

—Con este Papa argentino no sé dónde vamos a llegar.

—El Papa no tiene nada que ver con esto.

—El Papa tiene que ver con todo, mi niña.

* * *

En ocasiones, cuando la gravedad del asunto lo requiere, me visto para cenar con un bleizer azul marino que me hizo Collado, en la calle de Velázquez, 51, de Madrid, y unos pantalones marengos de Jaime Gallo. Medias altas de Snodbury & Sons, corbata de Middleton, camisa de Burgos y zapatos con cordones de Hammet, Hammet & Hammet, este último, el único Hammet que queda. Se trata de impresionar. Y algo he conseguido, porque al entrar don Riquelme en la biblioteca para soplar su bebercio previo a la cena me ha mirado de arriba abajo y de abajo a arriba con reflexiva admiración.

—Cristián, esta noche está usted muy curioso.

He optado por no responder a su elogio y darle revuelo de capotillo. Tomás, que ya sabe que ha llamado a Paula petarda, mira al sacerdote con ojos de comanche en trance de atacar a los colonos. Pero don Riquelme no se da por enterado y, con su voz rotunda y pastosa, se ha dirigido a él. —Tomás, hoy tomaré un vodka con un chorrito de zumo de naranja.

—¿Naranja natural o de lata?

—Natural, Tomás, naturalmente.

—Pues no hemos hecho zumo.

—Es sencillo, Tomás. Toma una naranja, la partes con un cuchillo en dos mita- des, presionas con fuerza y el zumo surge.

—Don Riquelme, sé perfectamente zumear un cítrico, pero no me da la gana. Lo haré cuando se disculpe usted con la señora marquesa, a la que ha llamado pe- tarda en el cróquet.

—No tengo que disculparme. Aborrezco la mentira y la falsa loa. Y doña Paula, hoy al menos, ha jugado muy mal, no solo con excesiva precipitación, sino erran- do los golpes de forma clamorosa.

He intervenido.

—Tomás, haces muy bien en no proporcionar al señor capellán el zumo solicitado. Y con usted quería hablar, don Riquelme.

Cuando me disponía a hacerlo, ha irrumpido en la biblioteca Paula, con una clase y un estilo de muy complicada superación.

—Mi amor, me disponía a cantarle las cuarenta a nuestro capellán por haberte insultado.

—No la he insultado, la he definido.
Paula me ha mirado, suplicante.

—Déjalo, Cristián. No tiene importancia.

—Tiene importancia, y mucha. No se puede consentir que un capellán, más entregado al cróquet que a su santa misión, se dedique a llamar petarda a la dueña de la casa.

—No lo retiro.

—Pues no hay zumo de naranja. Se bebe el vodka sin zumo.

—Me lo hago yo mismo.

—La capellanía no conlleva el acceso al office. Tomás, si don Riquelme intenta colonizar el office, se lo impides.

—Por favor —ha dicho Paula—, esto no tiene sentido. En el transcurso del partido se dice de todo y en el vestuario lo dicho se olvida.

—Hablas como Sergio Ramos, mi amor.

—Así que todo perdonado. Yo le exprimiré la naranja, don Riquelme.

—Todo lo que usted tiene de petarda en el cróquet lo atesora de bondad fuera del verde rectángulo reglamentado.

—Es usted un cursi, don Riquelme. Tomás, zumo de naranja para el capellán.

Y el tío no se ha disculpado. Cena distante y a la cama. Erostarbe se ha superado a sí mismo con un shangurro delicioso. Centollo desmenuzado en su coraza.

BARCA
"SE TRATA de IMPRESIONAR."

Me siento tan abatido por la exhumación de los restos de papá que ni las caricias de Paula me han alentado.

—Hoy estás soso, mi amor.

—El sinvergüenza del alcalde podemita de Guadalmazán quiere hacer con papá lo mismo que Sánchez con el Caudillo.

—No lo logrará.

—Eso espero. Miroslav ha contratado a tres vigilantes que harán cada uno un turno de ocho horas, y al que se acerque al panteón de la familia, cartuchazo de sal. Mañana tengo que averiguar lo que Colombís de Colombás ha sabido de un oficio que recibí del Juzgado de lo Penal número 7 de Sevilla. Todo son problemas, mi amor. Hoy tengo el pirulo pasmado.

—A descansar, amor mío. Buenas noches.

Plof, nuestro labrador negro se ha sumado al cansancio y se ha instalado entre el cuerpo de Paula y el mío. También ha elegido el descanso.

* * *

Tomás, con esas confianzas que se toma, ha irrumpido en nuestro cuarto a las 7:47 de la mañana. A las 7:48 me ha soltado la pavorosa noticia.

—El administrador le aguarda en su despacho. Parece que el asunto del Juzgado de Sevilla es de extrema gravedad.

—Tomás, informa al señor Colombís de Colombás de que dentro de diez minutos estaré con él. Y una cosa, cuando entres en este cuarto, llama a la puerta y pide permiso. La señora no es como Marisol y Marsa. Viene del noviciado, como sabes, y no le hace gracia que su mayordomo la sorprenda en porretas.

—Eso es cierto, Tomás. Me da vergüenza estar desnuda ante desconocidos.

—Yo no soy un desconocido, doña Paula.

—Por supuesto, Tomás, pero en el apartado de mis desnudeces, sí lo eres.

—Llamaré a partir de ahora. Señor, deje el bañito para después, que el administrador está de los nervios.

Con mi bata de entretiempo he acudido a mi despacho. Colombís de Colombás está, aparentemente, deshecho.

—Cristián, tiene que presentarse inmediatamente ante la juez Carmen Bolañas, titular del Penal número 7. Me advirtió que, de no hacerlo con anterioridad a las 13 horas, mandaría a la policía judicial para proceder a su detención. Según me ha dejado ver, está usted acusado de un grave delito: acoso sexual con tocamientos.

—¿Yoooo? —confusión segura—. Dígale a Miroslav que prepare el Bentley. Hay que establecer distancias. Y que me lleve a Sevilla. Estaré preparado dentro de treinta minutos.

—Un gran problema, Cristián.

—¿Te ha dado razón de la denuncia?

—La denuncia —lo tengo aquí en mi libreta apuntado, a ver, a ver…— ha sido interpuesta por doña Lorenza Peronilla Carrascosa. Según la denunciante, era menor de edad cuando usted le posó la mano derecha en su muslo izquierdo y le tamborileó la rodilla con su dedo corazón.

—No recuerdo nada de nada.

Paula, preocupada, accede al despacho.

—Mi amor, una confusión. Me han denunciado por posar mi mano en un muslo y tamborilear la rótula correspondiente al muslo acariciado.

—¡Qué horror, Cristián!

—Te juro que no he cometido semejante acción.

—¿Y tienes que declarar?

—Esta misma mañana. Pero no te preocupes, la inexistencia de pruebas y la circunstancia de que el hecho no responde a la realidad hará que la declaración sea brevísima. A la hora de comer estaré de vuelta. Sugiere a Erostarbe que nos pre- pare un arroz con verduras navarras, roast beef con puré de patatas, y de postre, para celebrar la aclaración de este falso suceso, unas peras al vino.

—Se lo digo ahora mismo, mi amor. Pero estoy preocupada.

—No conozco a la denunciante. ¿Cómo se llamaba, Colombís?

—Lorenza Peronilla Carrascosa, natural de Baños de la Encina, Jaén.

* * *

Esta niña se va a enterar. Mentirosa y sinvergüenza. Me ha elegido por el dinero, pero no pienso aflojar. Cuando se lo he contado a Miroslav, mi bravo coronel serbio no ha dudado en ofrecerme su ayuda.

—Las mujeres jóvenes de ahora son muy peligrosas con el sexo, señor. Y muy mentirosas. Chantaje, dinero. Si me ordena que…

—No sigas, Miroslav. Lo sabía, pero no va a ser necesario.

—Me he identificado al secretario del juzgado.

—¿Y su abogado?

—No he venido con abogado. Esto es una confusión.

—Bueno, pero es posible que le haga falta.

A las 11:26 he ingresado en el despacho de la juez Bolañas. Mala pinta. Bajo la toga se advierte un pantalón vaquero de los caros, de esos que se venden con agujeros. Al menos hay un roto en la pantorrilla derecha. Ella, con aspecto espesorro.

—¿Cristián Ildefonso Jiménez de Andrada y Belvís de los Gazules?

—Ximénez, no Jiménez.

—De acuerdo, Ximénez.

—Se lo agradezco, señoría. Nada de Jiménez.

—¿Conoce usted a doña Lorenza Peronilla Carrascosa?

—Es la primera vez que oigo hablar de ella.

—Ella aduce lo contrario.

—Aduce mal.

—Pero aduce.

—Mal.

—En su denuncia, doña Lorenza reconoce ser hija de una costurera de su madre. Revela que era practicante de atletismo y que ganó la carrera de 3000 metros de Chipiona, y que su madre quiso agasajarla con un recuerdo. Que esperando que su madre la recibiera apareció usted, y al saber que era la joven atleta campeona, se sentó junto a ella, le posó una mano sobre uno de sus férreos y potentes muslos, le tamborileó la rótula y, como toque final, intentó besarla.

—Jamás me he visto en semejante situación.

—Los hechos denunciados ocurrieron el 7 de mayo de 1960, y ella tenía 17 años de edad.

—Han pasado 59 años, señoría.

—Los delitos de acoso sexual no prescriben.

—Y ella, ¿qué edad tiene, señora juez?

—No soy juez, sino jueza.

—Es juez, señoría. La nuez es la nuez, la vez es la vez, la tez es la tez y la juez es la juez. ¡Andalí, andalá!

—Bueno, déjelo. Ella tiene en la actualidad 78 años.

—Pero bueno…

—Y yo, señor Jiménez de… —Ximénez, jamás Jiménez.

—Y yo no tengo más remedio que proceder a su imputación. Creo que ha venido sin abogado ni procurador, pero eso se resuelve con facilidad. ¿Reconoce ahora que los hechos por los que se le acusa responden a la verdad?

—Señoría, estuve tres minutos con ella, hasta que mamá la reclamó y le regaló, creo recordar, una bolsita de caramelos Darlins.

—Es decir, que reconoce los hechos.

—No que tocara sus muslos, no que tamborileara su rodilla, y menos aún, que intentara besarla. Señoría, yo conocí mujer a los 58 años.

—Pues desde los 58 a la actualidad se ha resarcido usted… En su historial tengo aquí una primera mujer que fue la hija de su guarda mayor, ya fallecida; una segunda mujer, colombiana, también fallecida; una tercera, casada según el rito zulú, asimismo fallecida; una amante austriaca, otra colombiana y una tercera, española de Femen; y para colmo, una cuarta mujer raptada de un convento de clausura en su período novicial. Usted es un peligro para las mujeres y por ello, hasta que posteriores declaraciones de testigos ayuden a esclarecer este abominable delito, voy a tener que adoptar medidas cautelares.

—Señoría, si hubo toque, que no lo recuerdo, sería un flashfuss, nunca un flushflass.

—¿Qué diferencia se establece entre un flashfuss y un flushflass?

—El flashfuss es un leve roce sin detención sobre un sector limitado de la piel, mientras que en el flushflass hay parada de mano

y palmaditas o toque continuado en la zona afectada.

—Pues lo suyo fue flushflass.

—No, señoría, flashfluss.

—Ella dice que hubo detención de mano, es decir, flushflass.

—Ella miente más que habla. Flashfluss, y con asquito.

—Dejémoslo. El tiempo dirá si fue flashfluss o flushflass. Pero mañana, a las 12 en punto, se presentará usted ante mí, acompañado de su abogado y procurador. Tendremos un careo con doña Lorenza, la denunciante. Y lo que sea, saldrá.

Despedida gélida. Por un leve toquecillo en un muslo, efectuado cuando a Viriato no le habían crecido aún los pelitos de las piernas, estoy imputado por un delito sexual. Y esta juez se sabe mi vida de memoria.

El retorno a casa, sepulcral. Miroslav se ha ofrecido a incendiar el juzgado, pero no soy independentista catalán, sino un noble andaluz. Que sea lo que Dios quiera, pero a mis años, tanta acumulación de problemas puede arruinar mi felicidad.

Llego a casa y me topo con Paula de blanco. Está llorando.

—¿Te ha vuelto a llamar petarda, mi amor?

—No. Se ha dejado ganar, y eso sí que es humillante. ¿Qué tal lo tuyo?

—Mal. Mañana tengo careo con esa sinvergüenza chantajista. Y la juez está de su lado.

—Necesito hablar con Colombís.

—¿De Colombás?

—Naturalmente, mi amor.

* * *

En la sagrada hora de la copa vespertina, al fin don Riquelme con su clergyman negro. Le afeo su poco espíritu deportivo.

—Don Riquelme, mi mujer prefiere ser llamada petarda a que usted se deje ganar. Le ha dolido en el alma.

—No me he dejado ganar. Ha sucedido que, como en la Historia, de cuando en cuando los

cartagineses derrotan a los romanos. Ya lo dice el *Romancero gitano* de García Lorca, poeta que dista mucho de ser mi preferido. Señores guardias civiles/ aquí pasó lo de siempre,/ han muerto cuatro romanos/ y cinco cartagineses.

—Su referencia no es válida. En el poema de Lorca ganan los romanos.

—Mañana, mientras usted se carea con esa mentirosa, ganaré a doña Paula.

—Eso espero, don Riquelme. Entre ganar limpiamente y definir como petarda a la marquesa de Sotoancho se abre un amplio abanico de posibilidades.

Colombís de Colombás bebe su Nestea. No nos queda tiempo.

—Vicente, llama inmediatamente al comisario Villalpando, que se lo sabe todo, y pregúntale si la juez Bolañas tiene algún tipo de parentesco, amistad o relación ideológica con Lorenza Peronilla Carrascosa. Presiento que algo hay por ahí.

—Lo hago ahora mismo.
—Cuéntale los pormenores de mi extraño caso.

—Sin olvidar detalle, Cristián.

—Y mañana, sin falta, hablas con el obispado de Sevilla para informarles de los planes del alcalde. Te encomiendo mucho trabajo, pero, en el caso de culminación competente, hay dinero esperándote.

Informo a Paula:

—Mi amor, he hablado seriamente con don Riquelme. Asegura que no se ha de- jado ganar; que, sencillamente, ha tenido un mal día.

—No, mi vida, se ha dejado ganar, y me molesta muchísimo. Necesito un profesor de críquet. Pero no aquí, en Jerez hay canchas de sobra, y no me importaría dar clases diarias para mejorar mi estilo y mi habilidad.

—Pepillo lo puede intentar. Antes de trabajar en casa fue jardinero en Chapín, el club de tronío. Y una última cosa: ayer noté a Plof triste por nuestra distancia camera. Hoy quiero que vea que, a pesar de la galerna, nuestras barcas se abrazan sobre las olas.

—Es decir, que me prepare para una noche movida.

—Eso quería decir, mi amor.

Colombís se ha excusado. Tomará un par de sándwiches mientras gestiona. El comisario Villalpando es un archivo viviente. La cena, algo más animada. No le hemos informado a don Riquelme del plan de clases de críquet en Jerez. Erostarbe nos ha sorprendido con una sopa de gallina de Guinea y cangrejo del mar del Norte con mahonesa. Pasaré a felicitarlo antes de dormir.

Erostarbe es hombre tímido. Se violenta con el agasajo.

—Erostarbe, lo mejor de lo mejor ha sido encontrarlo. Desde el mes que viene, percibirá usted un sobre de dinero ilegal con 3000 euros de gratificación.

—Ya estoy bien pagado, señor.

—No hay discusión.

—Pues grashias. No se me ocurre otra cosa.

—De nada, Erostarbe, a mí tampoco.

Y a la cama.

Paula me espera desnuda. Plof mueve el rabo con una fuerza inaudita. Tomás pide permiso de acceso para prepararme el baño con el patito de goma. Se lo impido. Me ducho con frenesí y acudo a la cama, donde me aguardan Paula y Plof. Nuestro perro sabe lo que se avecina, salta del lecho y se acomoda en el suelo. Es *voyeur*. Le gusta vernos en el triquitriqui. Monto a mi novicia y cuando los arroyos se disponían a unirse en el amplio remanso del placer, suena el teléfono de la mesilla.

—Hombre, hombre, que no son horas.

—Soy Colombís, Cristián. Noticia importante e inquietante. La juez Carmen Bolañas tiene un segundo apellido, Carrascosa. Existe parentesco. La madre de la juez es sobrina de la madre de la denunciante.

—Colombís, eres un genio. Mañana voy a Sevilla con otro ánimo. Avisa a Guardiola, el abogado, que me espere en la puerta. Infórmale de las últimas novedades.

—Lo haré *ipso facto*.

—Y no me interrumpas de nuevo, Plof no te lo perdonaría.

—Buenas noticias, mi amor. ¿Recuperamos el fuego?

—Inmediatamente, Cristián.

—Vamos a ello.

—Vamos.

—Vammoooos.

—Uuuuy.

—Aaaahj jj.

—Jieeee.

—Ya, ya, ya.

—Así, así, así.

¡Viva España!

¡Viva!

Plof, feliz.

—¿Te ha gustado, Plof?

Y se ha sumado a la fiesta. El sueño nos vence.

* * *

Camino de Sevilla. Miroslav al volante.

—Miroslav, con tanto lío se me ha olvidado preguntarte por tu reunión con el alcalde.

—Simplemente desagradable, pero creo que efectiva. Eso sí, cuando le mencioné por tercera vez a su puta madre, hizo un mohín de disgusto, lo que en Yugoslavia definimos como un «stranye djubito viriedna».

—¿Traducción?

—El enfado cobarde del rebeco.

—¿Son cobardes los rebecos cuando se enfadan?

—No cambian el gesto. Y el alcalde se limitó a tocarse la barbilla. Me permití recordarle que el cementerio es suyo y que los ahí enterrados, entre ellos los padres del alcalde, ocupan tumbas de su propiedad.

—Bien, Miroslav.

—Y que tiene usted decidido que si alguien se atreve a mover a su señor padre de su panteón, todos los allí enterrados tendrán que buscarse otro lugar para el descanso, exceptuando Villablino.

—Bravo, mi coronel.

—Gracias, señor. Y ahí lo dejé. Sentado en su sillón de alcalde y con la boca abierta.

—Hablaré con el administrador para que premie tu cumplimiento del deber. Pero no se lo cuentes a Tomás, que siempre está llorando, y tiene más dinero que yo.

—«Öz martzia, öz grupnia».

—¿Traducción?

—Boca cerrada, hucha prudente.

En la puerta de los Juzgados, Guardiola, el abogado. Malo y barato. Algo alopécico. Le encomiendo los casos sencillos.

—Hola, Guardiola.

—Buenos días, don Cristián.

—¿Sabes ya que existe un somero parentesco entre la juez y la demandante?

—Algo me dijo Colombís de Colombás. Si así fuera, la juez puede terminar como Baltasar Garzón.

* * *

La juez Carmen Bolañas nos reúne en una pequeña sala de juntas que comparte con otro juzgado. Preside la mesa. Frente a mí, se sienta una especie de croqueta rechazada vestida de lila. Esa croqueta que se queda en el plato y que nadie se lleva a la boca. A su lado, su letrado, que parece recién llegado de una manifestación proterrorista en Barcelona. La croqueta me mira con odio y yo respondo con una sonrisa forzada. La juez Bolañas le formula su primera pregunta:

—¿Reconoce al denunciado?

—Lo reconozco perfectamente. Es el que me tocó el muslo, hizo piano en mi rodilla e intentó besarme. Se dirige a mí.

—¿Reconoce a la denunciante?

—No. A ella.

—¿Por qué ha retardado tanto tiempo su denuncia?

—Lo he hecho cuando me he recuperado del acoso sexual. A mí.

—¿Tocó usted a la denunciada hace 59 años?

—No lo recuerdo, señoría. Si la señora croqueta era aquella joven atleta que esperaba ser recibida por mi madre, nada tiene que ver con su persona. Solo re- cuerdo que a una deportista, a la que no conocía y de la que ignoraba su minoría de edad, quizá por parecer más acogedor le pude hacer un flashfuss. Levísimo, pero flashfuss. Pero juro por la memoria de mi madre que jamás se me pasó por mi cabeza intentar besar a semejante tapón.

—Le advierto que no consentiré una falta de respeto a la denunciante.

—Claro, porque su señoría es su sobrina.

—Lo que está usted insinuando es de una enorme gravedad.

—Lo que es grave es que su tía se haya inventado esa historia para sacarme los cuartos con un chantaje «MeToo».

—De existir un parentesco entre ella y mi persona, soy, ante todo, como toda jueza, imparcial.

—Como toda juez, señoría. Insisto en que esta señora de su familia lo que quiere es pasta gansa, y no va a conseguir ni un euro. A ella, bastante crispada.

—¿Qué objeto tiene su tardía denuncia, doña Lorenza?

—Que se haga justicia con la joven que fui, con la joven que sufrió su acoso, y
exijo su imputación inmediata. Tan solo retiraría la denuncia si el acosador sexual indemnizara mi dolor con 300 000 euros.

—¿No le parece mucho dinero, doña Lorenza?

—Todavía me miro el muslo y siento la herida de su deseo.

—Guarra.

—Señor Jiménez.

—Ximénez, señoría.

—Discúlpese inmediatamente con doña Lorenza.

—Pitopitorrín, pitopitorrán, pitorri, pitorra, chan, chan chan.

—Su conducta es claramente reprobatoria.

—Y su tía es muy fea.

—Señor letrado del denunciado, pase a mi despacho.

—De acuerdo, señoría. —Guardiola, acojonaíto.

He quedado frente a frente a la croqueta, que susurra con su abogado, o lo que sea.

Aprovechando que no está la juez, le hago una pedorreta.

—Mire, doña Lorenza: prrrrr, pum pum.

Solloza.

Guardiola y la juez retoman su lugar. Esto parece un chiste. La juez Bolañas habla.

—No hay pruebas concluyentes del acoso sexual del denunciado a la denunciante. Pero sí intuiciones. Considero excesiva la pretensión de la cantidad corre pondiente a la indemnización. Me consta que no hay dinero que supla el dolor de un acoso como el padecido por doña Lorenza, pero aun así, los 300 000 euros se me antojan excesivos. ¿Estaría el denunciado dispuesto a pactar con la denunciante una cantidad más equilibrada? El letrado del denunciante ha aceptado de momento indemnizar a doña Lorenza con 150 000 euros.

—Guardiola, fuera de aquí, usted no me representa. Señoría, ni un euro.

—En tal caso, necesito unos días para ultimar mi decisión. Pero, señor Jiménez…

—Ximénez.

—… Ximénez, considerando su terrible pasado mujeriego, me veo

en la triste obligación de ordenar su ingreso en prisión condicional, preventiva y comunicada. Será trasladado inmediatamente al centro penitenciario Sevilla-3 e ingresado en la galería de presos preventivos.

—Me parece muy bien. Mañana, un abogado de verdad, y no Guardiola, interpondrá una denuncia por prevaricación contra su señoría, porque una sobrina no puede juzgar a quien no tuvo la menor intención de acosar a su feísima tía. Parezco tonto, pero no lo soy. Y si he aguantado a mi madre durante setenta años, unas noches carcelarias no solo no me amedrentan, sino que me provocan. Pero su señoría se está jugando la toga.

—Esta noche la pasará en prisión.

—Chupi rechupi. La fea quiere hablar.

—¿Algo que alegar, doña Lorenza?

—Me conformaría con 50 000 euros.

—¿Acepta la rebaja?

—Cero euros, señoría.

La anciana gimotea.

—Me conformaría con 6000 euros.

—¿Acepta la rebaja de mi tía Lorenza?

—¡Ja, ja, ja! Ahí la he trincado, señoría. El secretario del juzgado es testigo. Nada, ni un euro.

—Pues lo siento, a prisión preventiva.

—Tururú, tururú, pero se han quedado sin mi dinero. Lo suyo es grave, señora juez Bolañas. Por una tía tan falsa y tan horrible va a tirar por la basura su carrera judicial.

He entrevisto una mirada de honda preocupación en la juez. Dos amabilísimos agentes me han esposado y en esas condiciones me han llevado por un pasillo interior hasta el coche celular. Pero, antes de abandonar la sala de juntas, la juez Bolañas se ha dirigido un tanto airada al taponcete y le ha dicho, sin ningún comedimiento jurídico, lo que sigue:

—La hemos jodido, tía Lorenza.

La tía Lorenza, con esa facilidad que tiene la gente ordinaria para desmayarse, ha caído redonda.

Los guardias civiles que me llevan esposados por orden de la juez, simpatiquísimos.

—Bravo, de esta no sale.

—¿Quién, yo?

—No, la juez. Usted es nuestro héroe.

Y en esas condiciones de euforia desmedida he llegado a Sevilla-3.

Por lo menos es una experiencia diferente, distinta, chocante. Una novedad.

* * *

Me han tomado las huellas dactilares. A renglón seguido, he sido sometido al obligado proceso fotográfico. De frente, perfil derecho y perfil izquierdo. Divertido. Y lo demuestro. Aquí me llaman Jiménez, pero no matizo. Los funcionarios y los guardias civiles me tratan estupendamente.

—Preventivo Jiménez, no se ría tanto.

—Señor fotógrafo, es que lo estoy pasando bomba.

—Aquí todos los que vienen ponen cara de mucha tristeza cuando les hacemos las fotografías reglamentarias.

—Allá ellos. ¡Iaggg, ja, ja, ja, Iaggg!

—Con esas carcajadas no podemos hacerle las fotos.

—Procuraré ponerme serio.

—Se lo agradecemos.

—Perdón, pero tengo la risa floja. ¡Ja, ja, ja, iaggg, iaggg, ja, ja, ja!

—Sea más comprensivo, preventivo Jiménez. Piense en algo triste.

—¿Algo triste?

—Sí, por ejemplo, el fallecimiento de su madre.

—¡Ja, ja, ja, ja, iaggg, iaggg, ja, ja, ja, Jo, joo!

—No podemos registrar su semblante de preventivo con esas sonrisas.

—Bueno, de acuerdo, señores funcionarios. Pero no tarden mucho. ¿Serio?

—Así. Perfil derecho.

—¿Serio?

—Así, Jiménez. Perfil izquierdo.

—¿Serio?

—Bien, Jiménez. Ya puede reírse.

—Esto es lo más gracioso que me ha pasado en la vida.

El funcionario acompañante me entrega una cajita con toda suerte de objetos para la higiene: un peine, un jabón, un cepillo de dientes, pasta dentífrica y unas toallitas. Pero yo sigo en mis cosas.

—No me hará falta. Mañana tengo previsto abandonar este agradable local.

—¿Quién lo ha previsto?

—Para mí que la juez.

—No tenemos constancia de ello.

—Mañana les llegará el oficio. Está muerta del susto.

Me llevan hasta una galería de preventivos. Me han adjudicado un preso de con- fianza, para que no me suicide. Se trata del también preventivo Estafitas. Los otros inquilinos de la galería son Malasartes, Cucamonas, Besaviejas y Tocahuevos.

Convenzo al funcionario para que nos permitan reunirnos en mi celda hasta las 11 de la noche.

—Lo siento, pero está terminantemente prohibido. Estafitas no concede importancia a la prohibición.

—No hagas caso, Jiménez. Jugamos al mus todas las noches.

Son encantadores. En Andalucía los motes son como los títulos nobiliarios, se heredan. Besaviejas está preso por robar un coche, que resultó ser el de la mujer del delegado del Gobierno.

—¿Por qué te llaman Besaviejas?

—Por mi bisabuelo. Volvió de la guerra de Filipinas como un toro. No le gustaban las orientales. Y al llegar a Cádiz, con su uniforme de rayadito, vio a una mujer entradita en años

que le encantó. Fue hacia ella y la besó. Y le pusieron el mote de Besaviejas, que así conocieron también a mi abuelo, a mi padre y a mí.

—¿Y te trincaron robando un coche?

—Sí, con la mala fortuna de que era de la mujer del delegado del Gobierno. Y descubrí en los bajos del asiento de la conductora unas bragas. Cuando se enteró el delegado del Gobierno, en lugar de enfadarse con su mujer, a la que llamamos la Dejabragas, se mosqueó conmigo. Y aquí estoy.

En unas horas me he hecho amigo de Malasartes, Besaviejas y Estafitas, mi preso protector. Cucamonas es menos receptivo. Mira regular. Y Tocahuevos es para comprarlo. A su abuelo le decían Sieteduros, porque en el Puerto de Santa María apostaba a que le cabían en hilera siete duros de plata sobre su funchinga. Su padre también fue Sieteduros, pero a él lo motejaron de Tocahuevos porque en la mili fue bromista y pendenciero. Se lio con la mujer de un subteniente armero y se pasó más de la mitad de la mili en el calabozo.

No me han registrado, y me quedan en el bolsillo 2000 euros. Se los he dado a todos, incluido Cucamonas. La cárcel es así, sorprendente. A los diez minutos de abandonar la celda, ha aparecido Tocahuevos con unas botellas de vino, una de JB, hielo, jamón, aceitunas rellenas y un frasco de melocotón en almíbar. La noche ha sido gloriosa.

Apenas dos horas de sueño. A las seis de la mañana, todos fuera de las celdas, lista y recuento.

—Preventivo Tocahuevos.

—Presente.

—Preventivo Cucamonas

—Aquí estoy.

—Diga «presente», Cucamonas.

—Vale. Presente.

—Preventivo Malasartes.

—Está dormido. Tiene resaca.

—Que sea la última vez.

—Preventivo Estafitas.

—Siempre presente, mi funcionario.

—Preventivo Besaviejas.

—Muy presente.

—Preventivo Jiménez.

—A su entera disposición, señor funcionario.

—Tienen 30 minutos para arreglarse y adecentar las celdas. Posteriormente bajarán a desayunar y a hacer la tabla de gimnasia.

Me he visto obligado a opinar.

—Señor funcionario, a mi edad no puedo hacer gimnasia.

—¿Qué edad tiene, preventivo Jiménez?

—Supero los ochenta.

—De acuerdo. Está usted rebajado de gimnasia.

—¡Joé, qué suerte! —ha exclamado Tocahuevos.

Eran las diez cuando un funcionario ha preguntado por mí.

—¿El preventivo Jiménez? Acompáñeme a la secretaría.

Trato de camaradería. Al llegar a la secretaría me he topado con Guerrero Burgos, mi abogado. El de verdad.

—Cristián, la juez Bolañas ha decretado tu puesta en libertad incondicional. Te espera en la puerta tu jefe de seguridad, Miroslav.

—Juan, gracias de verdad. Pásame la minuta inmediatamente.

De la suave alegría a la inmensa tristeza. Me tengo que despedir de mis nuevos amigos.

—Juan, ¿has traído dinero?

—Sí, por si acaso. Colombís de Colombás me ha dejado en el hotel 6000 euros.

—Dámelos, por favor.

He reunido a mis amigos carcelarios.

Están agotados por la gimnasia. Les he dejado mi tarjeta con todos los datos y les he entregado los 6000 euros que Juan Guerrero Burgos me ha proporcionado. Abrazos y lágrimas.

—Cuando salgáis libres, llamadme. En casa tendréis trabajo asegurado. Todos menos tú, Cucamonas, que tienes cara de criminal en serie.

—Comenzaré la serie contigo, Jiménez. Dicho esto, Tocahuevos y Besaviejas le han propinado a Cucamonas sendas obleas.

—Como le suceda algo malo a Jiménez, te vamos a encontrar aunque sea en el último rincón del mundo.

Me ha emocionado la situación.

—De esos 6000 euros, ninguno a Cucamonas.

De cuando en cuando, es conveniente buscarse enemigos.

Abrazos a los funcionarios. Abrazo al fotógrafo de prisiones. Y un abrazo apretado y fuerte a Miroslav. En el asiento trasero, con los ojos abrasados de lágrimas, Paula, mi amor.

—Te hace falta una duchita, mi vida.

—Miroslav, llama a Tomás, que me vaya preparando el baño con patito.

—Eso está hecho, señor.

Paula me ha tomado la mano.

—Mi amor, creo que he encontrado al profesor de cróquet.

—¿En Jerez?

—Como tú decías. Es Domecq de quinto apellido.

—Me preocupa. Los Domecq son guapos.

—Pero no hasta el quinto apellido.

—Tienes razón. ¿Y es buen profesor?

—Me ha dicho que en un mes gano a don Riquelme con los ojos cerrados.

—Bendito sea.

* * *

III

Apoteósico recibimiento en casa: Julio, Carmela, Tomás, Stanislav, Modesto, Altramuz, María, Pepillo, Flora y hasta Erostarbe. Tomás, al recibir mi abrazo, ha gimoteado.

—¡Qué alegría tenerlo en casa de nuevo, señor marqués! Su baño está preparado. Y me he permitido comprarle en la juguetería del pueblo otro patito. Así pueden jugar entre ellos.

—Tomás, mi amigo.

Y a punto he estado de romper mi dignidad. Mi madre fue perversa, pero me dejó lecciones sabias: «Llorar en público es de pobres».

Plof se ha sumado a la fiesta, y don Riquelme, tan seco últimamente, me ha saludado con una cordialidad sincera y expresiva. Si supiera lo de las clases de cróquet de Paula no hubiera estado tan cariñoso. Erostarbe, lacónico.

—Mucho me alegro, señor. Cárshel, desagradable.

—No tanto, Erostarbe. Una noche pasa pronto.

Colombís de Colombás es un fenómeno. Tengo la agenda del día saturada. A las 4 de la tarde, el alcalde viene a verme. Y a las 18 horas he quedado en el bar del hotel Jerez con el profesor de cróquet de Paula. Se llama Rodrigo González. Detalles, remuneraciones y esas cositas.

Paula me ha acompañado durante el baño.

Le ha divertido mucho el detalle de Tomás. El nuevo patito de goma es azulón, no amarillo, y emite un sonido muy gracioso. Se lleva estupendamente con Poppy, el amarillo, y entre Paula y yo lo hemos bautizado. Se llama Tufatún, nombre muy afortunado.

—Mi héroe —me dice Paula—. Por no someterse a la injusticia, una noche en chirona.

—Mi chirona, mi amor, era un hotel de lujo comparada con tu monasterio.

Al abandonar el baño, hemos secado a Poppy y a Tufatún. Y Paula ha notado en mi cuerpo una transformación efímera y aprovechable. Al cabo de treinta minutos, ya colmados de amor y caricias, hemos bajado a la biblioteca, donde nos espera nuestra gente. Tomás, todavía con huellas de lágrimas en los ojos, Miroslav, Colombís de Colombás y don Riquelme. Copas, brindis y alegría. En la comida les he contado lo de mis nuevos amigos y, exceptuando a don Riquelme, el éxito ha sido clamoroso.

—No me agrada que trate usted a esa gentuza.

—El único malo, malo, pero malo de verdad, era Cucamonas.

Café largo y copita. A las cuatro menos cuarto llega el alcalde profanador.

—Que me espere en el despacho, Tomás. Y anúnciale que me retrasaré un poco.

—No tiene nada que hacer, señor.

—Pero me divierte ser impuntual con ese molusco. Así que no he subido hasta las 16:15, y el alcalde no parecía contento.

—Llevo más de 30 minutos esperando.

—Y lo que te rondaré, morena —le he respondido, dejándolo en fuera de juego.

—Vengo a quejarme del trato que me dispensó su jefe de seguridad. Se refirió en tres ocasiones a mi madre como mi «puta madre», a mi difunta «puta madre».

—Los serbios, señor alcalde, ignoran la trascendencia de ese apelativo.

—Me hizo saber que no acepta la exhumación de su padre.

—Mire, Stalin de pacotilla, mi abuelo, sin perder la propiedad, cedió esos terrenos a la parroquia del pueblo para que los guadalmaceños no tuvieran que enterrarse en la vecina localidad de la Alcazaba del Sultán. Y en ese cementerio, que es de mi propiedad, descansan mis bisabuelos, mis abuelos, mis padres, mis difuntas esposas y los padres de usted, entre otros. Usted se ha inventado que mi padre era franquista. Y me la trae flojita, porque no lo era, y de serlo, usted no es nadie para cambiar de lugar el descanso de sus restos. Y le advierto que he contratado a tres combatientes retirados del Ejército de Serbia y que los he dotado de tres escopetas del 12 con cartuchos de sal. Si alguien intenta llegar al panteón de mi padre, le pondrán el culo como si fuera una anchoa en conserva. Y no acaba ahí la cosa. De ser movido mi padre, saco de ahí a todos los difuntos, sus padres los primeros, y que cada uno se busque su muerte.

—Me atengo a la Ley de Memoria Histórica.

—Y yo a mi Ley de Respeto a mis mayores.

—Las izquierdas tenemos mayoría en el ayuntamiento.

—¿Usted es tonto? Cuando su compañero de partido gobernaba en Guadalmazán, en una noche marisquera soborné a dos concejales del PSOE y terminó gobernando el concejal de Ciudadanos. Si insiste en semejante atrocidad, mañana se queda usted solo en el ayuntamiento, Gutiérrez Iglesias. Es más, usted mañana dejará de ser alcalde de Guadalmazán. Ahora, porque me sale de mis narices históricas.

—Usted no conoce la honestidad de la izquierda.

—Diez mil euros.

—¿Cómo?

Por el teléfono interior he llamado a Colombís.

—Vicente, localízame al portavoz del PSOE en el ayuntamiento. ¿Quién es?

—Si no me equivoco, Cristián, sería la portavoz. Gisella del Monte. Ella se dice portavoza.

—Ponme con ella… Ahora va usted a comprobar la honestidad de la izquierda… Doña Gisella, buenas tardes. Encantado de hablar con usted. Soy el marqués de Sotoancho. Mire, doña Gisella, el animal del alcalde al que ustedes apoyan ha decidido exhumar los restos mortales de mi padre del cementerio de Guadalmazán. Como usted sabe, porque usted sí sabe lo que este cefalópodo ignora, ese cementerio es de mi propiedad. Sus padres, doña Gisella, están ahí enterrados junto a los míos, mis paisanos y mi gente. Dice que está dispuesto a todo, y que nadie va a impedírselo. Doña Gisella, no sabe usted lo que lamentaría, por razones de equilibrio en mi tesorería, dejar de subvencionar las actividades culturales del Centro Educativo Las Trece Rosas, que usted preside; y el taller que han montado en la calle Juan Belmonte, 6, edificio de mi propiedad, para enseñar a hacerse pajitas a las hijas y sobrinas de los militantes del PSOE en Guadalmazán. Que yo me entero de todo, aunque tenga cara de tonto. Si a eso sumamos la suspensión de los sueldos y las remuneraciones que la administración de dichos centros percibe, entre ellos los 2600 euros en billetes y sin firmar recibo que ingresa la presidenta de Las Trece Rosas, que creo recordar que es usted, la pervivencia de esos ejemplares centros culturales será imposible. No me sirve que me garantice que la medida que desea llevar a cabo este lamelibranquio al que ustedes apoyan como alcalde no va a seguir su curso. Le ruego algo más atrevido: que en el próximo pleno retiren la confianza a ese delincuente y sea usted la próxima alcaldesa. Le aseguro que contará con el apoyo del PP, de Vox y de Ciudadanos.

—Será doloroso, pero así lo haremos, señor marqués.

—Gracias, doña Gisella. Siempre a su disposición.

—Alcalde, ¿cuándo se celebra el próximo pleno?

—El viernes.

—Vale. El viernes será usted exalcalde. Buenas tardes.

—¿A que no?

—¿A que sí?

—Se va a enterar usted de lo que es bueno.

—El viernes me enteraré. Buenas tardes, ex.

Creo, sinceramente, que he estado inmoralmente brillantísimo. Y ahora, a Jerez. Exhumación abolida, clases de críquet.

—¿Tomás? Que Miroslav prepare el coche. Nos vamos a Jerez.

—Inmediatamente, señor.

* * *

En media horita, en Jerez. He tomado una copa con mi gran amigo Jan de Clerk, que vino con su mujer a Andalucía hace cuarenta años y se quedó para siempre. A las 6 en punto oigo que preguntan por mí. Vuelvo la cara y me topo con un tipo de 190 centímetros, guapo, sonriente, bien vestido y peligrosísimo. Jan nos deja.

—¿Rodrigo González?

—Encantado, marqués.

—¿Tiene algo que ver con los González de Jerez de toda la vida?

—Claro. Mi padre es primo de los Bonanza. Yo me apellido González, Humbert, Osborne y Caballero.

—Mitad Jerez, mitad Puerto.

—Exacto.

—Y juega usted muy bien al críquet.

—Es lo único que he hecho en mi vida. Críquet y caza. A pelo y pluma. Pero me gusta más el pelo que el pájaro.

—Como mi padre.

—Dígame, marqués.

—Si te parece, nos vamos a tutear. Soy amigo de tus cuatro raíces. Me llamo Cristián.

—Pues entonces, dime, Cristián.

—Mira, Rodrigo, mi mujer es muchísimo más joven que yo. Era novicia sin vocación, y yo era uno de los contribuyentes de su orden y monasterio. Se casó conmigo. Un día fui a una montería de mi amigo Luis de la Peña, en el Horcajuelo, cerca de Andújar, y me enseñó el cróquet que había construido. Impresionante, frente a una dehesa movida de encinas de siglos. En vista de ello, le pedí los planos. No los tenía. Pero una semana más tarde, se presentó en mi casa Emilio Higueras, su guarda mayor, una persona maravillosa, y me los entregó. Construí el cróquet para Paula, que se aficionó como una pardilla. Pero tengo el infortunio de mantener en casa a un capellán, don Riquelme, que aprendió de joven a jugar al cróquet en casa de un primo suyo asturiano. Y siempre gana a Paula. Mi mujer es muy orgullosa y no quiere ventajas. En vista de ello, y como para Paula el cróquet es lo más importante del mundo, quiero contratarte para que le des un buen repaso a don Riquelme. ¿Dónde le darías las clases?

—En Chapín.

—No es muy habilidosa, Rodrigo, y se pone de los nervios.

—Es cuestión de técnica y de fortalecer su ánimo.

—¿Clases diarias?

—Yo creo que con tres clases de 90 minutos a la semana en un mes puede ganar la liga de campeones de cróquet. Y don Riquelme pasará a ser un problema secundario. Eso sí, Cristián, no soy barato.

—¿Cuánto cobrarías?

—500 euros por sesión.

—Te ofrezco 700 euros por sesión y un sobre de 6000 euros el día que gane de verdad, y por primera vez, a don Riquelme.

—Hecho, Cristián. Gran oferta. Si te parece, lunes, miércoles y viernes, de 11 a 12:30. Así podré cazar con lo que me pagas, el martes, jueves y sábado. Y el domingo, a descansar, como Dios nos mandó.

—¿Empezamos este próximo lunes?

—A las 11 la espero en Chapín. Ya sabes que hay que vestir completamente de blanco.

—Lo sé, Rodrigo. Me das una gran alegría.

—En un mes, don Riquelme dará el petardazo.

—Bravo, Rodrigo.

Retorno animado. Es ciertamente atractivo este joven profesor de cróquet, de buenas familias, educado y serio. Estoy seguro del triunfo de Paula. Bien por Pepillo, que ha sido el que ha tenido la intuición de centrar los esfuerzos en Chapín.

—Miroslav, creo que en pocas semanas la señora ganará a don Riquelme. Pero punto en boca.

—«Svradzie yólog mirudvenia».

—¿Traducción?

—La Iglesia está en peligro.

—Muy bien, Tomás. Al menos lo está en el cróquet.

* * *

IV

—Mi amor, hecho. Un tipo muy bien educado. Demasiado guapo, pero tú eres una roca. A las 11 los lunes, los miércoles y los viernes, en Chapín. Hora y media de clase. Dentro de un mes, don Riquelme probará el amargo sabor de la derrota.

—¡¡¡Gracias, amor mío!!!

—Tenemos que pensar en la excusa de tus ausencias.

—Que pretendo musculame y voy tres veces a la semana al gimnasio.

—Perfecta justificación. Te llevará Pepillo. A las 10:15 estará con el coche en la puerta. Lleva la uniformidad blanca en una bolsa y saldrás vestida de gimnasio.

—¿Cómo es el vestido de gimnasio?

—Ni idea. Yo creo que más o menos guarrilla.

—¿Cómo es eso?

—Pues un top, o como se diga, grisáceo, y chándal feo.

—Mejor me compro un top y un chándal bonitos.

—Tú mandas. Las mujeres son incorregibles. Pero está feliz, y su felicidad es la mía. Informo a Pepillo, que llevará y traerá a Paula. Severa amonestación.

—La señora va al gimnasio, nada de cróquet. Y no le digas nada a nadie. Ni a Flora.

* * *

Recado de llamada de la juez Bolañas. Doy la cara. Su voz ha cambiado. Está asustada por su injusticia. Me dice que no podía calmar su mala conciencia y que a las 6 de la mañana tenía firmada mi puesta en libertad. Le aseguro que no voy a tomar medidas desagradables contra ella y me da la razón.

—Lo de mi tía es intolerable.

—Ya se lo dije, señoría.

—Solo buscaba dinero.

—Tararí que te vi.

—De todas maneras, le ofrezco mis disculpas. Una noche en la cárcel no es agradable.

—Le acepto las disculpas, pero tengo que reconocerle que lo pasé muy bien en la trena. Conocí, durante pocas horas, a gente admirable. ¿Tiene usted o su juzgado algo que ver con la prisión preventiva del Tocahuevos, el Estafitas, el Besaviejas o el Malasartes?

—Me suena exclusivamente el Besaviejas. Creo recordar que robó un coche que resultó ser de la esposa del delegado del Gobierno.

—Sí, la Dejabragas.

—¿Cómo?

—Señoría, el Besaviejas se encontró bajo el asiento del conductor, en el presente caso conductora, unas bragas abandonadas. Y es tan elegante que no ha dicho nada para no comprometer a la mujer del delegado.

—Es un detalle.

—Si fuera posible, le agradecería muchísimo algo de indulgencia. Pujol ha robado miles de millones de euros y está en la calle. Y Besaviejas, por una falta tan habitual como robar por unas horas un coche, espera en la cárcel su juicio.

—Su juicio es inevitable.

—Es evitable si habla su señoría con el delegado y le cuenta lo de las bragas. No le gustará que se conozca la afición de su mujer a dejarse olvidadas las cuquis en su coche.

—Me dijo antes que no pensaba contarlo.

—Pero si en el juicio el abogado le pregunta qué encontró bajo el asiento de la propietaria, por respeto a la justicia tendrá que responder: «Unas bragas abandonadas y hechas un burruñito».

—Bueno, bueno, mañana revisaré el expediente. De todas maneras, gracias por su generosidad.

—Estuve a punto de denunciarla, señoría, pero a mis años no le deseo el mal a nadie. Y su tía es una cochina.

—Sí, sí, lo admito. Una…

* * *

Viernes. El alcalde podemita de Guadalmazán ha sido derrotado. Diez votos a favor de la socialista Gisella y uno —el suyo— favorable al morado. Moción de censura categórica. Reunido el nuevo Gobierno municipal, y en ausencia del mamarracho, que según me ha contado Pepillo ha abandonado el salón de plenos embistiendo a todos los presentes, un acuerdo unánime que me ha emocionado:

El Pleno del Ilmo. Ayuntamiento de Guadalmazán del Marqués, presidido por la alcaldesa Gisella del Monte, ha aprobado por unanimidad rechazar el proyecto de exhumación de los restos mortales de su ilustre hijo predilecto don Ildefonso Ximénez de Andrada y Valeria del Guadalén, séptimo marqués de Sotoancho, que honra a todos los guadalmaceños de bien descansando en su cementerio. Como acto de desagravio, este ayuntamiento ha aprobado denominar al cementerio municipal Marqués de Sotoancho, por ser de justicia corresponder a la generosidad de tan ilustre dinastía.

Leído el acuerdo, dos lágrimas como bolas de pimpón han resbalado por mi rostro. Pero en privado, en la soledad de mi

despacho. Abrazos y parabienes.

Paula ha sido contundentemente derrotada por cuadragésima vez. Don Riquelme se ha permitido emitir un «je, je, je» cuando mi amor ha marrado una bola que estaba perfectamente situada para atravesar la puerta. Y Paula, que tiene carácter, se lo ha afeado.

—Ese «je, je, je», don Riquelme, dice muy poco de su espíritu deportivo.

—Vamos a dejarnos de coñas, señora. A mí ganar me divierte, me solaza y me provoca la risa.

—Usted no se ha reído por ganarme. Se ha reído cuando he fallado un golpe concreto.

—Si es que lo tenía a huevo, doña Paula.

—Y su lenguaje, reverendo, ni es de un hombre de iglesia ni de un educado jugador de críquet.

—En ese punto puede usted tener razón, doña Paula. En ocasiones, mi lengua la mueve Lucifer.

—¡Ave María Purísima!

—Sin pecado concebida

* * *

De no tener programadas las clases de críquet en Jerez habría despedido inmediatamente a don Riquelme. Por otra parte, he sabido por Modesto que durante mi declaración ante la juez Bolañas y mi breve estancia en prisión, don Riquelme fue sorprendido escopeta en mano tirando a las perdices. He estado acertado e irónico.

—¿Qué tal de puntería?

—En el críquet, insuperable.

—No me refiero al críquet, me refiero a un cazador furtivo que se parecía mucho a usted, que durante mi estancia en prisión, muy de mañanita, fue descubierto descolgando del primer andamio del aire unas cuantas perdices, actividad prohibida en esta casa durante la presente temporada.

—No era yo.

—Modesto me ha dicho que era usted.

—Modesto no se hallaba por ahí.

—Se acaba de meter en un lío. ¿Cómo sabe que Modesto no se hallaba por ahí?

—Porque siempre está haciendo gorrinadas con el Altramuz.

—Pues no. Estaba ahí. Cumplía con su deber. Y me ha dicho que no se le dan mal las perdices.

—Bueno, reconozco que no me he comportado correctamente.

—En vista de ello, ya he ordenado a Erostarbe que desde hoy al Día de Todos los Santos le prepare toda suerte de platos con la perdiz como protagonista. Hoy almorzará usted, don Riquelme, caldito de perdiz, y de segundo, perdiz a la toledana. Y esta noche, *mousse* de perdiz y perdiz a la vinagreta. Mañana, a la hora de comer, bavarois de perdiz y pechuguitas de perdiz villeroy, es decir, con bechamel y rebozadas con pan fino. Y para cenar, ensalada de perdiz y muslos de perdiz a lo donostiarra.

—Dura penitencia me impone.

—Y deje de decir que mi mujer juega de coña y que las falla a huevo, porque no se lo voy a tolerar ni una vez más.

—Le ruego que me disculpe, don Cristián. Para mitigar mis faltas, a partir de hoy y hasta que me sea levantada la obligación de degustar perdices, llevaré en el muslo izquierdo un doloroso y lacerante cilicio.

—Me parece justo y conveniente. Sufra. ¿Cuántas perdices descolgó?

—Tres.

—Tres por tres, nueve —contó Modesto.

—Se va a enterar ese marica de lo que vale un peine.

—Si le dice algo a Modesto, usted sale por la puerta principal a tiros de Miroslav. Pero no se preocupe, me divierte tenerlo una larga temporada más.

—Soy capaz de cualquier humillación si me permite comer lo que sirvan en el comedor principal.

—No, perdiz y perdiz. Hoy tenemos de primero huevos revueltos con perrechicos y angulas a la bilbaína.

—Ohhhh.

—¡Je, je, je! Que es lo que usted dice cuando mi mujer falla.

He dejado a don Riquelme como si lo hubieran disecado.

—En diez minutos nos vemos en la biblioteca para el aperitivo. Preséntese con el cilicio, porque lo voy a comprobar.

Silencio apenado. He estado a punto de levantarle el castigo, pero no, hay que poner en su sitio a este diocesano deslenguado y provocador.

—Dentro de diez minutos, don Riquelme.

Y no se ha dignado decir ni mu.

* * *

Tomás nos sirve las copas con su habitual maestría. Don Riquelme presenta una color acerada, de sufrimiento penitencial. Ha pedido un ron con Coca Cola.

—Paula, don Riquelme, en penitencia por haberse reído de tu golpe, decirte que te dejes de coñas y que has fallado a huevo, amén de ser sorprendido en mi ausencia carcelaria matando nueve perdices en la Sembraera, está mortificando su cuerpo con el más lacerante de sus cilicios.

—Esas cosas no se dicen, don Cristián —ha protestado el sacerdote.

—Se dicen, porque demuestran que en el fondo de su alma vive un servidor de Dios.

—Yo también me mortifiqué con cilicios en el convento —ha dicho con lástima y preocupación mi maravillosa mujer.

—Sí, doña Paula, pero, al ser usted novicia y no monja consagrada, sus cilicios eran muy *light*.

—¿Dónde lo lleva, don Riquelme?

—En la zona cimera del muslamen derecho.

—Permítame que lo vea —ha solicitado Paula—. Entre compañeros de cróquet no puede haber secretos.

—Jamás le mostraría mis muslos a una mujer.
—Pero sí a Tomás.

—No, por Dios.

—Tomás, acompaña al pasillo a don Riquelme y que te enseñe el cilicio.

—Nada me sugiere y provoca más. Don Riquelme…

—Don Cristián. Como hombre de iglesia, como español libre y como ciudadano honrado, me niego a ser contemplado, en lo que a muslos se refiere, por un pecador como Tomás.

—Sucede, don Riquelme, que no nos creemos que lleve usted el cilicio. Paula, ¿lo crees?

—No, mi amor.

—Colombís de Colombás, ¿lo crees?

—Bajo ningún concepto.

—Miroslav, mi coronel, ¿lo crees?

—«Skopinie birova slovic».

—¿Traducción?

—También hay sacerdotes mentirosos.

—Tomás, ¿lo crees?

—Si lo lleva, señor marqués, me comprometo como castellano antiguo, como hijo de la Alta Castilla, como hermano autonómico de san Juan de la Cruz, santa Teresa de Ávila, Fray Luis de León y don Rodrigo Díaz de Vivar a ponerme otro cilicio en mi muslo derecho. Don Riquelme lo más que lleva es una rodillera para sujetar el menisco. Y ni eso.

El capellán recula. Su rostro se ha teñido de púrpura y le advierto una gotilla de sudor que pugna por abandonar su patilla izquierda.

—Don Riquelme, como comprenderá, no vamos a proceder a bajarle los pantalones. Sentimos todos un gran respeto por su condición. Pero le sucede lo que a Julio Iglesias cuando se niega a analizarse el ADN cada vez que un joven le reclama la paternidad, que no hay tutía. Desde que empezó a negarse hasta hoy, Julio Iglesias tiene 32 nuevos hijos. Está usted en su derecho a negarse, pero, con toda sinceridad, esa cerrazón no hace sino demostrar que se le ha olvidado el cilicio en su *necessaire*.

—Permítanme que me retire.

—Se lo permitimos. Mañana, sábado, doña Paula no jugará al cróquet.

—Excesivo castigo.

—Si mi marido me lo prohíbe, y a pesar de lo que me contraría, no jugaré al cróquet.

Don Riquelme, al fin, se ha visto descubierto. Ha posado su copa de ron con Coca Cola en

la mesa de las fotografías antiguas, se ha desabrochado el cinturón y la braguetería, y nos ha mostrado sus muslos, muy blancos. Con estupor hemos comprobado que usa un braslip Ocean, de tonos carmesíes. Y lleva un cilicio. Nos ha vencido. Paula, que acumula muchos resentimientos hacia don Riquelme, no se ha convencido del todo.

—Su cilicio, reverendo padre, no es de la marca Penitens. Es un cilicio importado de Holanda. No hace daño.

—Es el nuevo cilicio Penitens, aprobado por Roma.

—Es un cilicio Vandergroos, que se fabrica en Rotterdam.

Me he situado al lado de don Riquelme, y Paula, efectivamente, tenía razón. Es un Vandergroos, un cilicio cínico, con la superficie exterior áspera y la interior al- mohadillada. Don Riquelme se defiende.

—Penitens o Vandergroos, es un cilicio.Y lo llevo.

Y claro está, hemos aceptado su triquiñuela.

—Y como desagravio por esta desagradable escena, me veo con todo el derecho, don Cristián, a exigirle que me levante el castigo culinario y deje a las pobres perdices al margen de su dureza. Hoy cenaré huevos revueltos con perrechicos y angulas a la bilbaína.

—Castigo levantado, don Riquelme.

—Y mañana, sábado, a las 11 en punto, críquet.

—De acuerdo. Mañana críquet.

—Prometo cortesía con la eterna perdedora.

—Eso está fuera de la cortesía.

—Prometo respetuoso silencio cuando marre.

—Fuera de la cortesía.

—Prometo deportividad extremada.

—De acuerdo. Pero no lo olvide.

Paula no cede.

—Para cenar, don Riquelme, puede usted quitarse el cilicio. Es como llevar una cinta de seda.

Y una gran carcajada ha dominado el tenso ambiente de la biblioteca. Aprovechando el acceso al comedor, he tomado a Paula por el brazo y le he susurrado:

—No sabía que eras tan punzante y graciosa.

—Antes de entrar en el noviciado, mis amigas decían que tenía muy mala leche.

—¡Bravo!

* * *

V

Paula se va al gimnasio. Muy contenta. Se lo cuento a don Riquelme:

—Desea musculare.

Al capellán se le antoja una bobada.

—La musculatura no es idónea para el cróquet. Disminuye la flexibilidad.

—Pepillo, dejas a la señora en el gimnasio y esperas a que termine de musculare.

—Por supuesto, señor marqués.

—Adiós, mi amor.

—Vendré pronto.

—¿Llevas la estampa del Cristo del Buen Viaje?

—Como siempre.

Tengo devoción desde niño al Cristo del Buen Viaje. Mamá rezaba la oración a su manera. Donde dice: «En estos tiempos, donde la gente, con sus carreras vertiginosas por la tierra, el mar y el aire», especificaba la gente que le importaba. Y rezaba: «En estos tiempos, donde la gente bien, con sus carreras…».

Paseo con el capellán por la recoleta de los magnolios, ya tristes, y con su envés de cuero predominando el haz verde de sus bojas. He invitado a don Riquelme a pasear para desdramatizar el espectáculo del pasado viernes, y muy especialmente para recomendarle que abandone el uso de los braslip Ocean.

—Tienen que apretarle mucho, don Riquelme.

—La costumbre, don Cristián.

—¿Me permite que le regale media docena de calzoncillos de verdad? Un sacer- dote no puede llevar semibragas, y menos aún de color carmesí.

—Mi santa madre los compraba. Éramos seis hermanos, y para no confundir los calzoncillos de unos y de otros, nos asignó los colores. Adrián, el mayor, blancos; José Enrique, azules; yo, el tercero, rojos; Pedro Andrés, verdes; Luis Fernando, lilas, y Álvaro Jesús, el benjamín, naranjas.

—Gran inteligencia doméstica, padre. Pero el mundo ha cambiado, y ahora se llevan los gayumbos más largos que los bóxers y mucho más cómodos, amén de elegantes. Pepillo le comprará en Jerez media docenita.

—Sería como traicionar la memoria de mi santa madre.

—No diga sandeces, don Riquelme. Y una pequeña amonestación por su homilía de ayer: creo recordar que dijo, más o menos, que Dios no reparte las riquezas materiales, sino los hombres, y estoy completamente en desacuerdo. Dios no es el presidente de un banco, pero permite el sistema de distribución del dinero.

—No me complace su punto de vista, don Cristián. En efecto, Dios no se inmiscuye en esas cosas, pero reconózcame que el disfrute de los bienes materiales ten- dría que ser más justo y equitativo.

—No pretendo convencerlo de lo contrario, pero hay cosas que se pueden decir en un sitio y callarlas en otro. En La Jaralera siempre se ha elogiado y agradecido la generosidad divina con mi familia. Si usted, en lugar de ser el capellán del marqués de Sotoancho, fuera el párroco de un pueblo con muchos pobres, muy buena gente, pero pobres al fin y al cabo, su prédica de ayer hubiera tenido intención y sentido. Pero en esta casa, padre, todos son ricos. Y los que no lo son, lo serán, incluso usted. Me parece muy mal lo de Etiopía, Mozambique, el Congo y la república del Yemen, pero usted está en La Jaralera, a servicio religioso completo, cenando angulas y huevos revueltos con perrechicos, jugando al cróquet, y no conoce ni Etiopía, ni Mozambique, ni el Congo ni la república del Yemen. No le pido justicia, sino coherencia.

—No le falta razón, don Cristián. Me eduqué con los jesuitas y algo de poso de rojerío me ha quedado. La teología de la liberación, por ejemplo. Y en un principio, me sentí muy confortado cuando el Espíritu Santo influyó en la elección del Papa Francisco.

—El Espíritu Santo está en su pleno derecho de descansar algún día, y cuando fue elegido

el Papa Francisco se hallaba, evidentemente, de *weekend*.

—Procuraré enmendarme, don Cristián.

—El domingo próximo, don Riquelme, el próximo domingo. Y que conste que, para mí, el único fin del dinero es hacer feliz a los que me rodean, me sirven y me quieren. Pero un día contraté de ayudante de jardinería a un inmigrante argelino procedente de Marruecos y era un yihadista que intentó asesinar a mi madre.

—Si no me equivoco, y según me informó mi antecesor, don Crispín, con su colaboración y ayuda.

—No se equivoca. No sabía qué hacer con mamá y le entregué los planos de La Jaralera. Pero su avioneta impactó en otro lugar y me vi obligado a despedirlo.

—La vida, don Cristián, la vida.

Pedazo de cotilla don Crispín. Empezó muy bien y terminó fatal. Pero aprovechó para informar a don Riquelme de mi somera colaboración con el jardinero de Al Qaeda, que terminó escapando de España pero al revés, en patera hacia Marruecos, lo que produjo una gran tensión y abatimiento en los ocupantes de una patera que, procedente de Marruecos, se cruzó con la del terrorista en mitad del estrecho de Gibraltar. La cantidad de cosas raras que me han sucedido en esta vida de sufrimiento y pesares.

María, la mujer de Miroslav y la mejor planchadora de camisas del mundo, me pide charla. Mujer extraordinaria. La recibo en el despacho.

—María, soy todo oídos.

—Gracias, señor marqués. ¿Ha hablado con usted Miroslav de cuestiones ajenas a su servicio últimamente?

—No, María.

—Me lo figuraba. Tanto uniforme, tanta guerra y tanta dureza, y es como un niño tímido.

—Dime, María.

—Pues que he tenido una falta, señor marqués.

—No te entiendo, María.

—Que este mes no me ha visitado mi primo de Valladolid.

—No sabía que tuvieras un primo en Valladolid.

—Señor, que no me ha venido lo que tenía que venir, y en la farmacia me han comunicado que estoy embarazada.

—¿Del primo de Valladolid?

—No, señor, es un dicho. Lógicamente de Miroslav.

—¡María! Enhorabuena. Cuenta conmigo para todo. A partir de hoy, y para ir preparando la hucha del bebé, cuenta con un dinerito que te va a entregar el señor Colombís de Colombás todos los meses.

—Gracias, señor. No venía por eso, pero creo que usted tenía que saberlo. Y Miroslav, que es un pringado, no se ha atrevido a decírselo.

—María, ya lo sé y me siento feliz. No le diré nada a Miroslav de esta entrevista y esperaré a que me lo confirme. No quiero que piense que yo me entero de las cosas a espaldas de mi jefe de seguridad. ¿Tenéis pensado el nombre?

—Claro, señor. Si es niña, Gladys; y si es niño, Demetrius.

—Pues ninguno de los dos. Si es niña, como tu madre, que creo recordar que se llama Rosario; y si es niño, Miroslavito. Y se acabó.

—¿Me permite que le dé un beso, señor?

—Te lo ordeno.

Se ha marchado emocionada. Este Miroslav es muy suyo con sus cosas. Se lo sacaré cuando esté más desprevenido.

La vida, La Jaralera, ese mundo cerrado y abierto que principia en la llanura de las liebres y cumple hasta los altos de la Manchona.

Nos viene de camino un niño jaralereño puro.

* * *

Paula de vuelta del gimnasio. Radiante. Pepillo le lleva a Flora su uniformidad croqueña y Flora —inevitable que fuera informada— la lava, plancha y prepara para
posteriores clases. Don Riquelme se ha interesado por su musculatura.

—Doña Paula, controle esos músculos en el gimnasio. Usted es flaca, felina y ágil, y el exceso de bíceps y de tríceps puede perjudicar su notable mejoría en el cróquet.

Acompaño a Paula a nuestro cuarto. Se siente feliz.

—En 90 minutos he aprendido más que en cuarenta partidos contra el capellán. Es un fenómeno Rodrigo.

—Me mosquea que sea demasiado guapo.

—No te preocupes por él, yo no te cambio por nada del mundo.

—Si tú eres feliz, palmo de alegría.

—Me voy a dar una duchita, mi amor.

—Antes quiero tenerte.

—Estoy algo sudadilla.

—Me pone más.

—¿Así como así?

—Asá como asá.

Incomparable. Fantástico. Brutal.

Bajo a la copa y dejo que Paula se duche con libertad. Don Riquelme está confesando en la capilla al Altramuz, que es religioso, devoto y cumplidor.

Tomás me ha dispuesto la ginebrita. Miroslav accede.

—Hombre, mi coronel.

—He estado con Modesto en La Manchona, señor. Hay un venado muy bueno, herido en la berrea, que necesita ser sacrificado.

—Esta tarde nos damos una vuelta por ahí. ¿Nada más?

—Hay algo, señor, pero me da corte hablarlo delante de Tomás.

—Tomás, déjanos un minuto.

—Señor marqués, como jefe del servicio doméstico no puedo consentir secretitos.

—En el fondo, señor, da igual que lo oiga Tomás. Los rumores vuelan. «Fruidnye sapodu gasabianka».

—¿Traducción?

—Al final se sabe dónde se halla la madriguera del conejo.

—Pues nada, Tomás, te puedes quedar.

Miroslav ha adquirido un tono rosáceo en los mofletes que denota su malestar.

—Señor, mi esposa María, su planchadora, está embarazada.

—¿De ti?

—Por supuesto, señor.

—¿Para cuándo?

—Creo que dentro de siete meses nacerá Demetrius o Gladys.

—De los nombres ya hablaremos. ¡¡Felicidades, mi coronel!!

—Gracias, señor. Estoy muy contento.

Tomás colabora en la alegría:

—Muchas felicidades, Miroslav.

Un agradecimiento seco. Miroslav no perdona que Tomás, antes que él, descubriera el placentero gozo de María. Tomás, en ese aspecto, ha sido un depredador. También Pepillo se la tiene jurada, porque, con anterioridad a María, Tomás estuvo con Flora, que previamente se había acostado con el Cigala, mi pinche de cocina y secuestrador de mamá, que ha terminado en la Legión. Y también estuvo con mi adorada princesa austriaca, que ni era princesa ni era nada. Un caso este

Tomás.

Hace su entrada Colombís de Colombás:

—Vicente, Miroslav será padre en unos meses.

—¡Bravo, Miroslav! Ya estabas tardando.

—Soy tímido, señor administrador.

Llega Paula.

—Noticia de envergadura, mi amor. Miroslav y María esperan un hijo.

—¡¡Qué maravilla!! ¿Me das un beso, Miroslav?

—Si señor marqués tolera, beso.

—Tolero.

—Pues beso.

—¿Cómo se va a llamar?

—No sabemos si es niño o niña. Si niña, pensábamos en Gladys; si niño, Demetrius.

Paula frunce el ceño.

—Miroslav, son horribles.

—Yo, nada convencido.

—Si es niña, María, como su madre; y si es niño…, Juan.

—Me gusta Juan, me gusta María.

—¿Y por qué lo de Demetrius?

—Mi tío Demetrius falleció en la batalla de Svoradina.

—No es motivo para tenerlo en cuenta.

—De acuerdo, señora marquesa.

—¿Y por qué Gladys?

—María admira a Gladys Hunton, actriz de la serie de televisión *La empleada del hogar solidaria*.

—Una milonga, Miroslav.

—Milonga de las gordas.

—Nombres españoles. Ese niño o niña va a nacer en el paraíso de

Andalucía.

—Es cierto, señora marquesa. Yo bautizaría, de ser niña, a Verónica, como usted se llamaba de monja; y de ser niño, Juan, que es nombre macho y poético.

—Tenemos mucho tiempo para pensar, Miroslav.

—Es cierto, señora, pero todo menos chocar con los sentimientos de María.

—Por supuesto.

—Cuando nos anunciaron en la farmacia que el pipí de María había matado a la rana, mi mujer me pidió que, de ser niña, le pusiéramos el nombre de Paca, como su abuela.

—Me gusta Paca más que Gladys.

—Y a mí. Y para colmo, hoy han desenterrado en Madrid a Franco, y todos los socialistas de verdad somos de Franco. Se llamará Paca.

—¿Y si es niño, Miroslav?

—Juan, señora. Nombre de hombre: Juan de la Cosa, Juan sin Tierra, Juan de Borbón, Juan Carlos I y Juan de Yepes, sin olvidar a Juan de la Cierva.

—¿Me aceptarías como madrina de tu hijo o hija?

—Me emociona que me lo proponga. Por supuesto que sí. Y el señor marqués, el padrino.

Revoloteo, gritos, abrazos, don Riquelme emocionado, Colombís fuera de sí, Miroslav a punto de llanto, y sobreponiéndose, una petición:

—Señor marqués, ¿puedo exclamar?

—Exclama, Miroslav.

—«¡Mavda shurie podvorie!»

—Traducción.

—¡Esta casa es la leche merengada!

Y todo fueron besos y alegrías. María se sumó al jolgorio y Erostarbe nos regaló una noche de pintxos, es decir, pinchos, pinchos

langosteros, cigaleros y gambones.

Y por la noche, sin clase a la mañana siguiente, pasión infinita. Y Plof, de mirón.

La Jaralera.

* * *

En la misa dominical, don Riquelme ha cumplido con su palabra. Su homilía no deja espacio a la duda.

—Cierto es que en este mundo la riqueza está mal distribuida, pero tan verdad como lo anterior es la evidencia de que, en algunos casos, una gran fortuna puede deparar mucha felicidad. Y me estoy refiriendo, claro está, a nuestra Jaralera, donde el marqués de Sotoancho nos acoge y nos hace partícipes de su generosidad.

Sinceramente, justo y emocionante.

Pepillo me entrega una bolsa con los seis calzoncillos de don Riquelme. Los compró en Jerez, mientras Paula estaba en el gimnasio. Durante la misa he observado al Altramuz, el novio de Modesto.

Efectivamente, devoto y concentrado, pero me ha chocado que haya comulgado, porque el pecado camal es el mismo sea cual sea el sexo elegido. En fin, allá él con su conciencia.

Hoy, domingo, no hay gimnasio. La pasada semana tres clases para Paula. Me dice que está en condiciones de ganar a don Riquelme. Le recomiendo que mantenga las riendas de la frialdad y no se deje llevar por la precipitación. Durante el desayuno, he celebrado la homilía de don Riquelme y le he hecho entrega de los seis calzoncillos. Dos blancos, dos azules y dos estampados con rayitas.

—Comprobará la comodidad. Son, además, libertadores de apreturas. Usted ha vivido siempre con sus partes excesivamente apelotonadas. A partir de ahora, las llevará relajadas, y cuando corra, si es que corre con esa tripita que ha echado, le harán tolón- tolón.

—Gracias, don Cristián. Mañana, lunes, estrenaré calzoncillos mientras disputo la partida con doña Paula.

—Tendrá que ser vespertina, porque doña Paula por la mañana tiene gimnasio.

—No entiendo que le haya dado por musculars e.

—Las mujeres, padre, son como diez cajas de sorpresas.

—Si le apetece, hoy en la atardecida me voy a dar una vuelta por La Manchona. Creo que hay un venado formidable herido en la berrea por un adversario, y hay que acortarle el sufrimiento.

—Me encantaría, don Cristián, pero no podré acompañarlo. He contratado un *personal training* en Sevilla. Y aunque sea domingo, su gimnasio está abierto. Si ella se muscula, yo me musculo.

—¡Joé!

* * *

¡Qué taimado! Calladito y con un entrenador personal. Me figuro que será la panza el sector más afectado para el esfuerzo, y a la postre, el más favorecido.

Los domingos, cuando el otoño llega, me entrego a la molicie. La tensión y el trabajo de la semana me recomiendan un descanso. Pero hoy, inesperadamente, los vientos han cambiado y se avecina una galerna: mi primo Mobby ha anunciado su visita.

Mobby, aborrecido por mamá y no del todo comprendido por Paula, es el más simpático de mis parientes, y un estafador profesional. Todos los años me da un sablazo. Le he comprado, que recuerde, un cuadro de Velázquez titulado *Ferrocarril entrando en un túnel*, el violín de Mozart con la etiqueta de El Corte Inglés de Sevilla y la capa de armiño del duque de Osuna, que dejó abandonada en el salón del trono del palacio de Invierno, en San Petersburgo, un día que se enfadó con el Zar. Y más cosas. Pero me compensan sus estafas y sus timos. Cuando se lo he contado a Paula, ha torcido el gesto.

—Tu primo Mobby es un fresco.

—Sí, mi amor, pero es mi primo.

—De acuerdo, pero no te pases de tonto.

—Y una novedad: don Riquelme ha contratado en Sevilla a un entrenador personal para musculars e.

—¡Jesús, María y José!

—No me preocupa.

* * *

En pleno café, Mobby. Se lleva muy bien con Tomás.

—Cristián, el militar yugoslavo que tienes como jefe de seguridad me ha cacheado.

—Cachea a todo el que entra en casa.

—Bueno, pues si es así, olvídalo. Te he traído una joya de insuperable valor.

—Explícate.

—¿Te acuerdas de aquella película del oeste de John Ford, *Centauros del desierto*? El protagonista es John Wayne y rescata a una sobrina suya que raptaron de niña los indios. Está en manos del Jefe Cicatriz. Wayne la rescata y vuelve a casa con ella. Esto, claro, es el resumen.

—Me encanta esa película.

—Pues han llegado a mi poder, y no puedo decirte cómo, por discreción, las botas que llevó durante todo el rodaje, y el rifle Winchester con el que mató a Cicatriz. En el Museo del Cine me ofrecen 60 000 euros por las botas y 85 000 por el rifle, pero si tú te los quedas, por ser tú, y solo por ser tú, renuncio a esa suma y te vendo el lote por 30 000 euros.

—Me hiere que por mí pierdas tanto dinero.

—Otras veces me has sacado de algún apuro, y ya es hora de que te devuelva un favor.

—Me interesa. ¿Dónde están?

—En mi coche.

—¿Está abierto?

—Por supuesto.

—Tomás, llégate hasta el coche de mi primo y me traes rifle y paquete. Y mi talonario de cheques de la cuenta oscura.

—Ahora mismo, señor.

—Me emociona hacerte este favor, Cristián.

—Y a mí que me lo hagas.

—¿Puedo quedarme a merendar?

—Sabes que en casa jamás se merienda. Lo prohibió tu tía Cristina. Pero te invito a cenar.

—No puedo. Creo que de nuevo, y en esta ocasión definitivamente, me he enamorado.

—¿Cómo se llama ella?

—Eso es lo malo. Se llama Carmen Calvo. Pero no tiene nada que ver con la que tú piensas.

—¿Y es mona?

—Más o menos como la que tú piensas. Pero está forradilla.

—Ven con ella y me la presentas.

—No me atrevo.

—¿Horrorosa?

—Fronteriza.

—¿Y está enamorada de ti?

—Bebe por mis vientos.

—¿Boda?

—Cuanto antes

.

—¿Ya ha heredado?

—Estamos a la espera del fallecimiento de su madre, que está en las últimas. Es la propietaria de la famosa mercería Calvo de Cabra.

—¡Menudo chollo!

—Me haría cargo del comercio.

—No dejes de invitarme.

Tomás ha dejado sobre un sofá la mercancía. Le he firmado un talón por 40 000 euros porque no me fío de la consistencia de sus relaciones con Carmen Calvo. Mobby vende la piel antes de matar al oso. Al ver la cantidad, me ha abrazado y con la misma soltura de su llegada ha abandonado el salón a toda pastilla.

—Saluda a tu mujer de mi parte. En ese instante llegó Paula:

—No hace falta. Me doy por saludada.

—Estás muy guapa.

—Gracias, Mobby.

—Me voy, me voy, me voy.

Y, lógicamente, se ha ido.

* * *

Paula se ha dirigido al sofá. Ha cogido con asco el envoltorio de las botas. Horrorosas botas vaqueras. Y a estrenar. John Wayne jamás habría tolerado calzar esas botas en su papel de Ethan Edwards. Y el rifle Winchester tiene de Winchester lo que yo de piragüista.

—Cristián, tu primo es un sinvergüenza. ¿Cuánto te ha cobrado por estas por- querías?

—Me dejo engañar, Paula. Siempre está a la última pregunta.

—En todo el Oeste americano no hay vaquero que se atreva a ponerse unas botas tan horteras como estas. Y además, repara en este detalle: están hechas por un zapatero de Ubrique.

—Lo sé, Paula, pero no me regañes.

—Aborrezco a los timadores. ¿Qué hacemos con todo?

—Basura.

—Inmediatamente.

* * *

Mal domingo. Desasosiego. Con Miroslav, Modesto, Altramuz, Tine, y Slutar —han vuelto de vacaciones —, a La Manchona. Slutar se ha traído a su chica, una belleza eslovena de cinco jotas. Se llama lrenka, y es algo quedona. Al menos, a mí me lo ha parecido. Y a Miroslav.

—Mi coronel, ¿no te parece Irenka, la novia de Slutar, un poco quedona?

—«Slovenija dama sarovie kudovina».

—Traducción.

—En todas partes, incluso en Eslovenia, cuecen habas. Esta mujer va a revolucionar La Jaralera. A Tomás tampoco le ha pasado desapercibida.

—Es lo más guapo que he visto en mi vida.

—Recuerda, Tomás, que estás en invernadas.

—Señor marqués, una mujer como la de Slutar convierte una estepa nevada en una playa del Caribe.

—Todo menos disgustar a Slutar, que es un gran guarda y mejor persona.

—Y a doña Paula, señor.

—Pero… ¿qué piensas?

—Son muchos años, señor marqués. Todo menos disgustar a doña Paula

En el *pickup*, Miroslav al volante, yo a su lado, y en el asiento de atrás Slutar y Modesto. Tine se ha quedado de guardia en el panteón de papá y el Altramuz, con
los yugoslavos, se ha quedado sin sitio en la expedición. En el último instante, Slutar me ha solicitado permiso para meter en el coche a Irenka. Se lo he concedido. En el asiento trasero, Modesto no ofrece peligro.

La chica de Slutar suspira de admiración cada vez que surge un nuevo paisaje o una res. La Sembraera la comparten las perdices y los gamos. Al pasar por el Soto de las Oropéndolas, he vuelto el rostro. Me he topado con la mirada de Irenka y he experimentado una cierta confusión anímica.

Ya en La Manchona, Modesto desciende del coche y comienza a ascender por el pindio carril. Se trata de un camino cuesta arriba, pero desde que leyó Modesto un libro de Manuel de Juan, el camino se ha convertido en pindio carril. Modesto es como un rebeco, sube que se las pela. Se oyen los últimos bramidos de la berrea e Irenka pregunta a Slutar qué significa todo eso. Slutar se lo explica y ella exclama:

—¡Oh!

Señales de Modesto. Con el rifle cargado y con el seguro, subo por la cuestecita. Allí, amparados por una encina bicentenaria, observamos al venado herido. Se halla a 267 metros, según el medidor de Miroslav.

Distancia aceptable. Por otra parte, el pobre venado procura moverse lo menos posible. Disparo. Cae redondo. Fin del sufrimiento. Y un acontecimiento inesperado. Irenka viene hacia mí y me arrea un sopapo monumental. Caigo de culo al suelo. Confusión. Slutar, avergonzado, retiene a su chica, que me mira con furia desmedida. Miroslav está indignado. Modesto mueve negativamente la cabeza, y yo, ya repuesto de la bofetada, me impongo.

—Dejad en paz a Irenka. Ella no sabía que íbamos a matar al venado. Slutar le explica mi reacción. Irenka se acerca hasta la

parcelilla donde mi culo se ha posado y en un lenguaje difícil de entender me dice algo.

—Señor, le está pidiendo perdón. Perdón sincero

—me adelanta Miroslav.

No obstante, parte de la sangre que corre por mis venas me impide la inmediata misericordia. Desde que la difunta mamá me pegó cuando cumplí 50 años y la dejé colgada con la tarta y las velas, ningún marqués de Sotoancho ha sido atacado, abofeteado, agredido y tumbado por un ser humano. Y lo que es peor, ante el servicio. Converso y negocio con Slutar.

—Slutar, esto es inadmisible.

—Tiene toda la razón. Mañana Irenka sale para Eslovenia.

—No, Slutar, pero ella tiene que saber quién es el dueño de este paraíso y que aquí se hace lo que a mí me da la gana.

—Exacto.

Miroslav interviene y habla con Slutar.

—Slutar, Yugoslavija premienta shuló sokopiniara.

—Da.

Miroslav me traduce.

—En Yugoslavia, señor, en los hogares existe una costumbre: si un joven pega a su padre, su padre le puede devolver el golpe. Y si es una mujer, el padre tiene derecho a darle dos cachetes en el culo. Slutar está de acuerdo.

—(En esloveno) lrenka, ponte de culo.

—Sin bajarme los pantalones. Consulta con Miroslav.

—lrenka, es el rito de familia. Baja los pantalones.

—No.

—A Eslovenia mañana.

—Bajo un poquito.

—Baja hasta rodillas.

—Bajo.

lrenka se halla apoyada en la encina, con los pantalones y el tanguilla a la altura de las rodillas, y el culo, melocotón temprano, albaricoque eslavo, melón Cantelou de Fauchon, dispuesto a ser golpeado por mí.

—Dba hostiate. Dos azotes, señor.

Ella no vuelve la cabeza. Y cuando esperaba toda la fuerza de mi mano derecha, ha percibido dos golpecitos acariciadores. ¡Qué turgencia!

—Ya está.

—Poco castigo, señor.

—Suficiente. Slutar, advierte a tu chica: ni una vez más.

Montado el venado en el *pickup*, retorno en silencio. Pero mi silencio no coincidía en motivos con el resto de los silencios. Se trataba de un silencio rebosado de esquinas, ripios y cascotes.

Pensé en Paula y me calmé.

* * *

Muy poco, o nada, le ha gustado a Paula el episodio de Irenka. Y cuando ha conocido a Irenka, menos aún. Creo que no se han caído bien.

—Simplemente, mi amor, he cumplido con una ancestral costumbre eslava.

—Sí, pero le has visto el culo. Y se lo has tocado.

—Un segundo. De esta manera, he mantenido ante mis guardas el honor.

—Me gustaría que se fuera lejos de aquí.

—Es la novia de Slutar, uno de tus secuestradores. Se fue cuando tu compañera Estefanía se enamoró de él. Y Tine, durante sus vacaciones, le ha convencido para que vuelva. Es un gran tipo Slutar.

—Y ella es una zorra agresiva.

Paula tiene un lenguaje, cuando se enfada, que recuerda muy poco al noviciado. De cualquier forma, y para evitar que se encuentren, he ordenado que Slutar viva en la casita del Acebuchal, donde el tío Juan José se esparcía de amores.

Slutar se ocupará de los turnos ante el panteón de papá. Hasta que no vea con mis ojos el documento con la firma del arzobispo, mantendré la vigilancia. Lo cierto es que el arzobispo de Sevilla, por quien depende Guadalmazán de mi persona, es menos componedor que el de Madrid, que ha permitido la exhumación del Generalísimo y su inhumación en un cementerio que su familia no quería para su descanso.

El Día de Todos los Santos he organizado una manifestación ante el panteón con el lema «Los Sotoancho no se van de aquí ni con aceite hirviendo». Colombís de Colombás me ha sugerido que cambie el lema por «No nos moverán», que me suena a rojillo, y además, los movieron una barbaridad, pero encaja mejor con el objetivo de la magna concentración.

Además de los de casa, vendrán de todas partes de España mis amigos.

Desde el asunto Irenka, Paula está desviada de cariños. Esta noche ha optado por cenar un consomé en el cuarto y no ha bajado al comedor. Don Riquelme me ha contado que su primera sesión de musculación ha sido relajada y provechosa.

Al acostarme, he intentado contárselo, con poco éxito, a mi mujer.

—Don Riquelme asegura que se le han endurecido los bíceps.

—No tengo ganas de hablar.

—Mañana, recuerda, tienes gimnasio.

—Buenas noches, Cristián.

Me ha dado la espalda y se ha dormido. Y Plof, al sentir su melancolía, ha subido a la cama y ha dormido abrazado a ella.

Y todo por una tontísima costumbre relativa al honor de Yugoslavia.

Lorazepam, traguito de agua fresca y a dormir.

* * *

No está Paula en la cama. Ha desayunado y, según me informan, con mucha antelación se ha

largado a Jerez. Me siento inquieto. A las 10:30 se ha presentado, sobre su Velosólex, Barrabás Lucena, el motorista del ayuntamiento. Me trae una carta personal de la alcaldesa.

Estimado marqués. No entiendo nada. Los de Vox se mantienen leales a nuestro acuerdo, pero los del PP y Ciudadanos se han empecinado en culminar los planes de mi antecesor y en sacar del panteón de sus mayores los restos de su señor padre, que en paz descanse.

Me dicen los del PP que han hablado con la ministra de Justicia y le han rogado su presencia en el acto de la anulada exhumación. La ministra, la que le tiene a usted bastante manía, ha prometido agilizar los trámites de acuerdo con la Ley de la Memoria Histórica y llevarse los huesos de su padre al cementerio de Amore- bieta, en Guipúzcoa. No obstante, no se preocupe, el ayuntamiento ha zanjado el asunto, y ni Dolores Delgado, ni Baltasar Garzón ni el comisario Villarejo podrán doblar nuestra dignidad. Pero póngase en contacto con Manuel Morancho Ca- savieja y Honorio Portadillo Gumiel, concejales del PP, y con Silvia Montoro So- lano —prima de Cristóbal— y Domingo Cabañas de la Obispalía, de Ciudadanos, que han sido los responsables de esta nueva situación tan embarazosa.

Con esperanzas y mi mayor afecto le saluda muy atentamente

Gisella del Monte,
alcaldesa de Guadalmazán del Marqués.

Atónito. No me lo creo. Escandalizado. Los de la derecha acomplejadita, como siempre, peores que los estalinistas. He anulado en el banco mis aportaciones mensuales al PP y Ciudadanos, y a esperar novedades.

Pero mi jefe de seguridad, Miroslav, ha decidido doblar la vigilancia en el panteón de papá con centinelas de su plena confianza. Tine, Slutar, Walters, Rakovic y Jana, la mujer de Rakovic, antigua campeona de Yugoslavia y medalla de oro olímpica de kárate.

Lo malo, y de ello me informan, es que el lío ha llegado hasta Madrid, y que en la Sexta, la Uno, la Cuatro, Antena 3 y Telecinco exigen la inmediata exhumación de los restos de papá. Y que Femando Ónega, el que fue director de prensa de la guardia de Franco y subdirector de Arriba ha escrito un artículo en el que se inventa pasajes de la vida de mi padre y ruega a las autoridades que no entorpezcan «la exhumación de quien sirvió a Franco en los años de su juventud». Y si la cosa llega a Madrid, poco hay que hacer. Creo que Casado ha dicho que él no se ocupa de estos menesteres, y Rivera que su preocupación es la España del futuro y no la del pasado.

Primer turno, Tine y Slutar, con orden de disparar a quien se aproxime al Panteón.

Todo se tuerce.

* * *

VII

Cuando todo parece que va a derrumbarse, una llamada agradable. Tomás —me preocupa el crecimiento de su mentón— me informa:

—Señor marqués, pregunta por usted un tal Besaviejas.

—¿Está aquí?

—No, por teléfono.

Acudo raudo, como Aquiles, el de los pies ligeros.

—¡¡Besaviejas!!

—¡¡Jiménez!!

—¿Sigues en chirona?

—Un milagro, Jiménez: me reclamó en su despacho la juez Bolañas, me llevó esposado la Guardia Civil, ordenó que me quitaran los grillos, me hizo firmar un papel y, mirándome a los ojos, me dijo: «Besaviejas, queda en libertad vigilada. Cada viernes tendrá que presentarse en este juzgado y firmar su comparecencia. El delegado del Gobierno ha retirado la denuncia, y hasta que resuelva su caso, puede considerarse libre con la salvedad anteriormente referida. Me habló muy bien de usted el marqués de Sotoancho». Y aquí estoy, Jiménez.

—Cuando quieras, te acercas por aquí. En el campo siempre hay trabajo.

—Me tienes a tu disposición, pero lo de trabajar no me emociona, tío. Eso sí, si me pides algún encarguito de fuste, cuenta conmigo.

—Tengo para ti un encarguito de fuste. Y bien pagado.

—¿Cuándo puedo ir a verte?

—Menos el viernes, que acompaño a Tomás, mi ayuda de cámara, a Madrid a una consulta médica, el día que quieras.

—¿Mañana?

—Perfecto.

—¿Dónde te recogen?

—En la taberna El Palo Cortado, en la avenida Kansas City, cerca de Santa Justa. ¿A las 11?

—A las 11 te recogerá un Land Rover verde carruaje con un conductor algo afeminado. Se llama Altramuz.

—Lo estaré esperando. Dile al Altramuz ese que iré vestido con una camisa verde, una chaqueta verde, pantalones verdes y zapatos marrones.

—Te va a confundir con una encina, iejj, iejj.

—Tú siempre tan cachondo, Jiménez.

Buena noticia: voy a contratar a Besaviejas de vigilante de la puerta del cementerio. Como se le ocurra venir a Dolores Delgado con Garzón y Villarejo, y Besaviejas les pregunte: «¿Qué coño se les ha perdido por aquí?», se montan en el AVE en marcha.

Y la mala noticia, la de Tomás. Llevo semanas notando que su barbilla crece. Siempre ha tenido cara de caballo, pero se le ha acentuado el componente equino. Llamé a mi amigo oncólogo, el doctor Javier Hornedo, lo mejor de lo mejor en tumores y similares, y me recomendó a una doctora Guerra, Ana Belén, cuyas manos, dicen, son de ángel. Operó al memo de Alfonso Ussía y ahí sigue, como si nada le hubiera pasado. Es especialista y cirujana maxilofacial, aunque, a tenor de la evolución de la barbilla de Tomás, lo inteligente sería llevarlo a un veterinario.

—Tomás, el Altramuz tiene que recoger mañana en la taberna El Palo Cortado a Besaviejas, mi compañero de cautiverio. Avenida Kansas City. Y está confirmada la
consulta con la doctora Guerra en la Quirón de Pozuelo, Madrid, el próximo viernes. Nos instalaremos en el Intercontinental, donde eres sobradamente conocido.

—Y usted más, señor marqués. Y no tiene que molestarse, puedo ir solo.

—Tú eres mi gran amigo, además de leal servidor, y yo te acompaño.

—Me toca en mis cuerdas más sentimentales.

—Siempre a tu lado, Tomás, aunque en ocasiones me la hayas jugado.

—Usted más a mí.

—Pelillos a la mar con el pasado.

—Pelillos a la mar, señor.

Tomás ha tenido una vida amorosa borrascosa, y en alguna ocasión hemos coincidido en el paisaje a seducir. Pero ha sido, y es, el mejor mayordomo del mundo. En ocasiones brusco, pero allá él. Mientras la doctora Guerra se afana con Tomás, comeré con el doctor Hornedo en Horcher. Con él, con su mujer, Blanca, también doctora y oncóloga infantil, y sus hermanos, la marquesa viuda de Boedo, los con- des de Labarces, la condesa de Yebes, el conde de Novales, el conde de la Gallega, Pili, la mujer de Ussía —al que no he invitado— y los marqueses de los Pinares de Guecho. Son gente de títulos, y el doctor, aunque lo silencie, es el vigésimo mar- qués de los Pozos Salados, cuyo primer titular, don Sebastián de Hornedo y Mata- porquera, ultimó de feliz lanzazo al imán Abdhalá Mustafi Halamalá, que era un malhechor consumado. Almuerzo con ellos, lo paso de cine y entretanto la doctora Guerra descubre los pormenores del crecimiento de la quijada de Tomás.

Es posible que invite al conde de Llobregat —a ver si por fin me reclama para una de sus monterías en Ávila—; al matrimonio García Mauriño; a Graciela, viuda de mi llorado amigo Luisín; a los González de Castejón, Verónica y Perico; a los Femández Durán, Alfredo y Alicia, y a Celso García y familia. Puesto a invitar, lo haré a la marquesa viuda de Navarrés y a sus hijas con maridos, uno de ellos de considerable volumen. Y claro, a mi prima Dolores Muguiro y a mi hermano del alma Ricardo Escalante y Montse, su maravillosa mujer, a la que llamamos Pepa, para que no la confundan con una de los CDR. Me va a salir el viaje a Madrid por un ojo de la cara. Pero me sobran ojos de la cara.

—Tomás, te ha crecido el mentón de manera más equina que humana.

—Y a usted, señor marqués, no le crece nada.

—Te equivocas, Tomás.

—Señor, permítame esta observación: el regular humor en los últimos días de la señora marquesa exnovicia responde a la ausencia de riego en su monástico jardín.

—Tomás, te perdono por lo mucho que te quiero como amigo, pero yerras, y eres un gran envidioso. —No yerro. Y se lo demostraré.

—¿¿Con mi mujer??

—No, con otra. Quizá eslovena.

—¡Tomásssss! ¡Malandrín!

—Yo duermo en Pikolín.

* * *

El Altramuz me ha pedido dejarse acompañar a Sevilla por Modesto.

—Señor marqués, recoger a un presidiario conocido por Besaviejas

me da un sustirrín pavoroso.

—Que te acompañe.

—Oh, oh, qué gozo.

De alipori.

He encomendado a Miroslav que hable con Besaviejas. Es lógico que en la cárcel, durante mi etapa cautiva, se dirigiera a mí como Jiménez, pero en casa esa manera de llamarme tiene que ser abolida, cortada de raíz. No me apetece ser yo el ordenador de la jerarquía. Miroslav lo ha entendido a la perfección.

—Usted, no Jiménez. Usted, señor marqués.

—Efectivamente, pero ya sabes cómo son los ambientes carcelarios y carceleros.

—Si Besaviejas es inteligente, lo comprenderá.

—Yo impondré mi autoridad, señor.

—Gracias, mi coronel.

Colombís de Colombás me ha reservado en el Intercontinental dos habitaciones para el jueves. El viernes nos reciben los doctores Hornedo y Guerra.

Y Paula sigue evitándome. Ha contratado una clase más a la semana. También los jueves. A la que no se ve es a Irenka. Slutar le ha recomendado mucha discre- ción y no abandona la casita del Acebuchal. Miroslav le ha advertido seriamente a Slutar que otro numerito significaría su inmediata expulsión de casa. Y lo siento por Slutar, que es un soldado excepcional, dispuesto a morir por su patria, que hoy por hoy no es otra que La Jaralera.

No he llamado a los concejales traidores del PP y Ciudadanos. Me acaban de informar de que aquí a la vera, en Dos Hermanas, se han opuesto a bautizar una calle con el nombre de Amancio Ortega en sustitución de la calle Santiago Carrillo, el asesino. Estos del PP son unos pringados. Pero tengo mis armas preparadas: eliminación de donaciones desinteresadas. A ver cómo sobreviven.

Ha llegado Besaviejas.

—¿Passsa, Jiménez? No sabía que todos tus empleados fueran mariquitas.

En ese instante ha aparecido Miroslav.

—Bueno, ese parece que no.

Miroslav se ha vestido de coronel del Ejército serbio, con todas sus condecoraciones en el pecho izquierdo, la banda de la coronelería y su gorra alzada, muy eslava, con sus distintivos coronelarios. Lleva en su cinto espada, cubre su cintura con una faja dorada y porta en la cadera derecha funda de charol con pistolita dis- puesta.

—Besaviejas, mi jefe de seguridad, el coronel Miroslav.

—Me vuelvo a la cárcel, Jiménez. ¡Qué tío!

—Antes de reunirnos en mi despacho, te dejo a solas con Miroslav. Será el encargado de trasladarte las normas formales y jerárquicas que desde hace siglos imperan en esta casa. La primera, Besaviejas, es que yo no me llamo Jiménez. Nadie se dirige a mí de esa guisa.

—Bueno, bueno…

—Cuando termines con Miroslav, te acompañará a mi despacho.

—Lo que tú digas, Jim…

—¡Besaviejas!

—¿Cómo, entonces?

—Te lo dirá Miroslav.

En el despacho, Paula.

—Mi amor, he estado odiosa contigo. Y no tenía motivos para estarlo. Son los celos. Jamás había sentido celos de nadie, pero lo del trasero de esa eslovena me ha puesto enferma.

—Paula, mi vida, culillos a la mar. ¿Cómo van las clases?

—Rodrigo me asegura que hoy, al día de hoy, ya puedo ganar a don Riquelme.

—Mejor esperamos una semana.

—He invitado a Rodrigo el fin de semana. Le he dicho que le regalas un venado, y así podrá jugar al cróquet con don Riquelme sin decirle que es mi profesor.

—Me parece muy buena idea. Tú eres la dueña de esta casa.

—Por la ventana te he visto con un tipo con muy mala catadura y Miroslav, que va de dulce.

—Es Besaviejas, mi compañero en la cárcel.

—Pues cuidadito con Besaviejas, Cristián. Mirada esquinada. Y se mete las manos en los bolsillos para tocarse sus partes.

—Te fijas en todo.

—Tanto que un día, siendo novicia, me fijé en el hombre más atractivo del mundo.

—Tengo que contarte muchas cosas, entre otras que ahora los que están empeñados en exhumar a papá son los de derechas.

—Esos son unos timoratos.

—Unos acomplejados. Han llamado a la ministra de Justicia.

—¿La que llamó maricón al juez?

—La misma que viste y calza.

—Nadie tocará a tu padre, mi amor.

—¿Y si lo consiguen?

—Lo defenderé a tiro limpio.

—¡Viva mi Agustina de Aragón!

—Tu monja Alférez, mejor.

* * *

Imposible encontrar una mujer tan completa. Y viene del noviciado, que no es escuela de bandolerías. Solo me ha extrañado que bajo su polo blanco del críquet se adivinan sus pechos desnudos. Viste así para mí, no para los demás.

—Paula, ¿das las clases con Rodrigo sin suj?

—Me lo ha recomendado él. Dice que el suj lacera la piel con los escorzos que el críquet obliga. —Ejem, ejem, ejem…

* * *

Besaviejas ha experimentado un cambio radical. Se ha dirigido a mí como «señor marqués». Miroslav ha sido el promotor de ese cambio. He encomendado a mi compañero de cautiverio Besaviejas que durante ocho horas al día custodie los restos de mi padre y que, en caso de exhumación de sus huesos, dispare contra los profanadores sin el menor recato. A cambio de tan arriesgada misión le he garantizado unos emolumentos de 4000 euros libres de cargas, y Besaviejas ha comprendido perfectamente la situación.

—Señor marqués, compañero Jiménez, nadie se acercará al panteón de su padre sin su permiso. En caso contrario, balacera mexicana.

—Gracias, Besaviejas. En ti deposito mi confianza.

En el cementerio de Guadalmazán, que es mío a todas luces, se levanta una pequeña casa en su sector izquierdo según se mira al noroeste, que he ordenado amueblar y decorar con carácter inmediato. Desde su ventanal izquierdo se cubre a la perfección la inmunidad del panteón. Besaviejas ha quedado sorprendido con el buen gusto y la celeridad de la decoración de su nuevo hogar. En la zona suroeste se ha habilitado una nave para que descansen en los relevos los centinelas yugoslavos.

—Señor marqués, jamás pude pensar que un día viviría en un chalé tan bonito.

—Te pasa lo que a Pablo Iglesias e Irene Montero, y para colmo de los bienes, gratis total.

—Como ellos, que lo de su hipoteca no se lo traga nadie.

—Bien, Besaviejas, bien traído.

* * *

Tengo, y lo sufro, el drama de Tomás. Le crece la barbilla, pero sin la armonía y la clase del duque de Alburquerque, aquel gran señor de las lealtades y la equitación. A Tomás le ha crecido el mentón sin respeto, a su manera, y parece un chulo de película francesa. Viajo con él a Madrid para que pase consulta, siempre que en la Quirón acepten a un equino que habla, como la mula Francis, de las películas. Tomás, aunque lo niegue, está preocupado y no escatima temores.

—Señor marqués, hoy me ha crecido dos centímetros, por lo menos.

—Tomás, tranquilo, es cuestión de raspar. Tienes una megamentonitis de carácter creciente, de muy sencilla solución. Anestesia general, sierra y de nuevo a tu fealdad de siempre.

—Yo procuro no dañarlo con mis opiniones, señor marqués, pero, en vista de que ese sufrimiento no es compartido, me permito opinar que de pocos años a los tiempos actuales usted sufre una minipollitis de imposible curación. A mí me sierran el mentón y sigo como antes, pero a usted, señor marqués, no hay quien le arregle su problema.

—Tomás, me estás produciendo lo que mamá definía como «imparable irascibilidad».

—Pues porón, porón, porompompero.

—Los criados, en el fondo, sois unos resentidos sociales. Tú eres millonario gracias a mi difunto tío Juan José.

—Que Dios tenga en su gloria.

—Pero no has superado tu rasante condición social.

—Humilde, pero briosa. Le he birlado a más de una hembra.

—Y yo a ti.

—Pero estaba harto de ella.

—Tomás, hablaremos después de la delicada intervención quirúrgica que te espera.

—Si no fuera usted el señor marqués, le diría que es un cabrón con pintas.

—Dilo, dilo, desahógate. Ejiemmm, ejiemmm, ja, ja.

—Noble forajido.

* * *

No obstante, y por cortesía local, con anterioridad a viajar a Madrid he mandado llamar al médico de Guadalmazán, el doctor Pérez-Palucci, al que en casa se le conoce por Doctor Celofán por una incidencia del pasado. Una tarde resbalé en la escalera y me hice una pequeña herida en la rodilla, a punto de cumplir los 55 años. Mamá se puso histérica y llamó al médico, que no consideró mi herida digna de su esfuerzo.

—Con una gasa con Terramicina, extienda la pomada sobre la herida y posteriormente adhiera a la rótula del percance una tirita.

Mi madre buscó tiritas por todas partes y no encontró ninguna. Y llamó de nuevo al doctor.

—Doctor, no tengo tiritas.

—En tal caso, y es de conveniencia que las adquiera en la farmacia, póngale celofán.

Y desde aquella ingeniosa salida, le llamamos Celofán.

Celofán ha envejecido sobremanera. Conduce un 600 verde del año de la polka, el mismo año en el que a Manolita Chen le principiaron a crecer sus pechos. Con- serva el 600 de

maravilla, pero he notado que le cuesta salir más de lo debido.

—Buenos días, marqués.

—Lo mismo digo, doctor Celofán.

—Sabe que ese mote me mortifica.

—Es gracioso. Se lo puse yo.

En el despacho, hemos convocado a Tomás. Mi leal mayordomo está pálido y temblón. Celofán ha examinado su mentón con esmero y profesionalidad.

—Tomás, es una pena que no tenga usted algo de estómago, que es de lo único
que entiendo, pero su mentón sufre de un prognatismo equino que ha aumentado en los últimos años. Les sucede frecuentemente a los obsesos sexuales. Puede vivir perfectamente lo que le queda de vida sin necesidad de ser intervenido, pero le recomiendo que se someta a una somera poda. De crecerle tres centímetros más, cualquier día, después de desayunar, sale al jardín, galopa y se pone a saltar obstáculos. Modere sus fantasías eróticas y proceda a ser cirujado. No se trata de una intervención excesivamente dolorosa, aunque por su edad es recomendable que pase dos o tres días en la UVI.

—Tenemos consulta con la doctora Ana Belén Guerra en la Quirón Pozuelo de Madrid, donde operan al Rey, don Juan Carlos.

—He oído hablar de ella, y muy bien. Tomás, desde que ha empezado la consulta hasta ahora, no ha abierto usted la boca.

—Estoy asustado, doctor.

—Lo más que le puede pasar es que se quede tontito con la anestesia, pero es un problema que ya está superado por la ciencia. Y procure alimentarse con purés. No le conviene masticar, porque el movimiento propio de tal menester puede soliviantar su prognatismo equino. Puré de guisantes, puré de alubias, puré de za- nahoria y puré de lentejas.

—Me horroriza el puré.

—Más le horrorizaría que lo subastaran en la feria de mulas de San Cosme del Arzobispo, que se celebra en febrero.

* * *

No ha resultado tranquilizadora la visita de Celofán. Es muy redicho, muy brusco y nada barato. Me ha cobrado 100 euros en efectivo y 20 adicionales en concepto de gasolina. Y no se le escapa una.

—Al entrar ha visto a una rubia guapísima.

—Está aquí haciendo prácticas.

—¿Prácticas de qué?

—De linces.

—Ah.

Y no se ha ido convencido. No hay duda de que ha visto a Irenka. Mujer peligrosísima, y violenta en extremo.

* * *

Como mi desconfianza en los políticos es plena, antes de viajar a Madrid he reu- nido en mi despacho a Colombís de Colombás, Miroslav, Slutar y Tomás, que se pica si se considera desplazado.

Paula se sienta a mi lado.

—Tomás y yo viajamos a Madrid para una pequeña consulta médica. Estaremos de vuelta el mismo viernes por la noche, porque, de existir un contratiempo físico, su solución no requiere de urgencia alguna. Colombís de Colombás, vas a ser el coordinador del plan que vamos a seguir. Llama de mi parte a Gutiérrez, el propietario de la funeraria La Esmerada. Le encargas un ataúd rumboso, que debe depositarlo aquí con anterioridad al próximo martes. Posteriormente, le dices a Perdigón, el vigilante y sepulturero del cementerio, que prepare la tumba C-22, la que se sitúa al lado de la que ocupan los restos de mi tío Juan José. Y que encargue y tenga preparada una lápida en la que se lea, apunta, Colombís de Colombás: «S.A.R. Le Prince Ferdinand Xabier de Polignac de Deauville. 1907-1975». El martes por la noche, Miroslav, todos los centinelas del mausoleo de papá estarán en su sitio a las 11:30 de la noche. Perdigón, el sepulturero, exhumará a mi padre y depositará sus restos en el ataúd del falso príncipe de Polignac de Deauville, y posteriormente, con la habilidad que le caracteriza, volverá a depositar el féretro de papá en su lugar, pero vacío. A renglón seguido, lo inhumaremos provisionalmente, hasta que dejen de gobernar estos sinvergüenzas de ahora, en la tumba C-22. Don Riquelme rezará el responso de rigor. Y aquí paz y, después, gloria. Colombís, prepara dinero en efectivo para los correspondientes sobornos. Nos vamos a reír el día que venga Dolores Delgado con sus sicarios y se encuentre que papá no está.

—Me parece una idea genial, mi amor —me ha dicho Paula mientras me acariciaba la patilla derecha.

—Impresionante plan, señor —ha dicho Miroslav.

—Gracias, mi coronel. Prepara a las Fuerzas Armadas de la extinta Yugoslavia y a Besaviejas, pero a este no le digas nada hasta que estemos en el cementerio. —Y dirigiéndose a Tomás—: Tomás, a

Madrid. Miroslav, que Pepillo siga llevando a la señora marquesa al gimnasio de Jerez. Mientras Miroslav prepara la estrategia de vigilancia, que Slutar nos lleve a la estación de Santa Justa. Que María me haga la maleta con una muda. Y que no se le olvide meter mis gafas de camuflaje y mi sombrero tirolés para que no me reconozcan en Puertollano, por si se mantiene mi condición de persona *non grata*. La noche del martes al miércoles será una noche histórica, la gran Madrugá. Tomás, prepara tu hatillo. Dentro de 30 minutos partimos hacia la capital del reino.

* * *

Viaje tranquilo. Superadas la sierra de Córdoba, las dehesas de Jaén, y la Garganta de Westminster, ya en los aledaños de Puertollano, mi leal Tomás me ha proporcionado las gafas de camuflaje y el gorro tirolés. Este AVE se detiene en la ciudad minera, y el CNI puede haber advertido al alcalde de Puertollano de mi paso. Al detenerse, observo con alivio y satisfacción poco movimiento; pero, sentado en un banco, un individuo me mira con reproche. Se incorpora y se acerca a mi vagón, el 1 de clase preferente. Embarca, ingresa en mi habitáculo rodante, me mira y, después de preguntarme: «Sotoancho, ¿no?», ocupa una butaca enfrentada a la mía y no cesa de observarme. Arranca el AVE con el bicho dentro. Tomás, que no ha perdido ripio, se hace el dormido, lo cual me hiere. Como dijo el mariscal Von Gutembergen: «El ayuda de cámara es como el soldado asistente, siempre dispuesto a combatir, y si es de rigor, morir, por salvar la vida de su superior».

—Tomás, ese me mira con expresión asesina.

—Ya le advertí que no se hiciera fotos en la boda del hijo del duque de Alba. Lo ha reconocido por el ¡Hola!.

—De todas formas, si adviertes que viene hacia aquí con malas intenciones, te interpones entre él y yo.

—Bajo ningún concepto, señor marqués.

—Bueno, pues gracias.

Superada la estación de Ciudad Real, el tipo se me acerca. Tomás no abre los ojos. Apoyado en el respaldo de mi butaca, me vuelve a preguntar:

—Sotoancho, ¿no?

Me descubro, me quito las gafas y le respondo lo único que se me ocurrió en ese
peligroso momento:

—Sí.

Tiemblo. Tomás sigue simulando que duerme. Se dirige de nuevo a mí.

—¿Se acuerda usted de Felipe el Clavería, que sirvió a su madre durante quince años de cochero y fue despedido por la marquesa porque, según su madre, al cochero le olían los pies?

—No lo recuerdo.

Mentira. Lo recordaba perfectamente. Un buen hombre Clavería. Pero le olían los pies.

—Bueno, pues yo soy su hijo. Tengo una fábrica de perforadoras en Puertollano y las últimas palabras de mi padre, cuando ya se escapaba de este mundo, las tengo grabadas en mi memoria. Me preguntó: «Hijo mío, ¿es cierto que me huelen los pies?», y expiró.

—Triste, pero no tuve nada que ver.

—Usted era el hijo de la perversa mujer que amargó la vida de mi padre.

—Su padre y yo nos llevábamos muy bien.

—Pero usted no hizo nada para defender su puesto de trabajo.

—Eso es cierto. No tenía edad, como Gigliola Cinquetti.

—Y no es verdad que se llevara tan bien con mi difunto padre. Me decía que usted era un lechuguino, un botarate, un mimado y un majadero.

—Me duele oírlo.

—Pues ya lo sabe. Y ahora, incorpórese, que le voy a pegar una torta en memoria de mi padre.

—¡Tomás!

—¿Desea algo, señor?

—Que me van a dar una torta.

—Delante de mí, nadie pega al señor marqués. Por ello, señor mío, me voy a dar una vuelta por la cafetería.

Y se ha ido.

Me he incorporado.

—Pues aquí me tiene. A ver si se atreve.

Me ha dado un sopapo de película y ha abandonado el vagón. Mi carrillo izquierdo, profundamente dolorido. El resto de los viajeros comentan y sonríen. Últimamente me pegan por cualquier tontería. He tomado asiento de nuevo, recordando la inteligente reflexión de Wilmore O'Bryan: «Cuando recibas una torta o una colleja, no hagas nada. Si ya la llevas puesta, pues a aguantar».

Tomás vuelve de la cafetería.

—Señor, tiene amoratado el carrillo izquierdo.

—Lo tuyo es vergonzoso.

—Estoy enfermo.
—Indescriptible.
—Sufro prognatismo equino.

—Yo sufro del alma.

Y en esas, hemos llegado a Madrid.

* * *

Antes de abandonar el vagón, le he pedido a Tomás, y en esta ocasión me ha obedecido, que me garantice que mi agresor no se halla en las cercanías para soltarme otro sopapo.

—Ha subido como un atleta por las escaleras y se encuentra fuera de nuestro peligro.

Efectivamente, Clavería se ha volatilizado.

Breve parada en el hotel. Saludo a mis amigos, Zurdo, Cárdenas, Abilio, Antonio, David, de tantos años. Y taxi hacia la Quirón. Bajamos a las dependencias del doctor Hornedo y este nos acompaña a los predios de la doctora Guerra.

Encantadora y muy madridista, la doctora palpa el mentón de Tomás.

—Tiene un leve prognatismo, pero no compensa la intervención.

—El señor marqués se ha empeñado en que me sierren la barbilla.

Nada importante. Si le creciera el mentón más de la cuenta, siempre hay tiempo para intervenir. Pero no advierto posibilidad de ello. Tomás, y perdone la confianza, pero usted ya nació con quijada de caballo.

—Caballuno he sido siempre.

—Bueno. No merece la pena que pase por el quirófano. A su edad, puede

aguantar hasta los 100 años con esa barbilla, que, ciertamente, es horrorosa.

—Gracias, doctora.

—Y alegre esa cara, hombre. Por mi parte, ya saben dónde estoy.

He permanecido en silencio durante la breve consulta. La doctora Guerra es encantadora y no se da importancia. El viaje ha merecido la pena, a pesar de la leche que me ha dado el hijo del Clavería. Nada de pernoctar. Recogida de equipajes y vuelta a Sevilla. Tomás quería quedar una noche en Madrid, pero no merece el premio.

* * *

Fin de semana croquista. Ha llegado Rodrigo.

Paula, muy comedida en su expresividad. Don Riquelme ha hecho buenas migas con el joven profesor. Intervengo para poner las cosas en su sitio.

—Don Riquelme, Rodrigo es hijo de amigos míos y nietos de amigos de mis padres. Un gran cazador. Y le he invitado a cazar. Por otra parte, creo que no se le da mal el cróquet.

—Oh, eso me congratula.

—Rodrigo, don Riquelme es medio asturiano. Y tiene un pariente, Chema Noriega, que en su palacio de Sorribas tenía un cróquet. Y allí aprendió.

—Me encantaría jugar contra él.

—Eso está hecho. Antes de que mate al venado, yo lo mataré en el cróquet.

—Perfecto. A las doce en punto, en la cancha.

—Me apetece mucho ese partido —ha dicho Paula con voz angelical.

* * *

Por otra parte, Pepillo va a Sevilla para adquirir dos travesuras. Cuando hayamos exhumado a papá e introducido sus sagrados restos en el ataúd del apócrifo príncipe de Polignac de Deauville, he pensado introducir en el féretro vacío un muñeco de esos con muelles, que, al perder contacto con el tope que aguanta su cabeza, abre sus muelles, salta aparatosamente y da unos sustos tremendos. Y una caja de música, con mando a distancia, que hará sonar una de mis canciones preferidas de la juventud, ¿Qué pasa en el Congo?, con una letra muy divertida: «¿Qué pasa en el Congo, / qué pasa en el Congo, / ¡Que a blanco que pillan/ lo hacen mondongo!/ Se cansó Kasabuvu, / que mandaba en el Congo,/ y le dijo Lumumba: / ¡Quítate, que me pongo!». Y así hasta el final. Entre el muñeco con muelles y la canción del Congo, al forense gubernativo le puede dar un pipirlete vascular, y la ministra se va a enterar de lo que vale un peine.

* * *

La paliza que le ha dado Rodrigo a don Riquelme es digna de figurar en los anales del críquet. El capellán ha sufrido una humillación de recuperación complicada. Es un clérigo destruido. Su sotana blanca no puede ocultar la frustración que transporta en sus entrañas.

—La verdad, don Rodrigo, que es usted un maestro en esto.

—Más o menos me defiendo, padre.

—No, no, usted juega como un profesional.

—Me limito a pasar la bola bajo los arcos.

—Su dominio estratégico es incomparable.

—La estrategia es imprescindible.

—Y ese toque seco con el mazo para hacer saltar limpiamente su bola sobre la mía, sinceramente, me ha cabreado en demasía.

—Es un golpe precioso —ha terciado Paula.

La comida ha resultado divertida y Tomás, liberado de las angustias de cirugía, ha tenido que interrumpir su servicio por un ataque de risa cuando don Riquelme ha exclamado.

—¡Aquí hay gato encerrado! ¡Ni venado ni vainas! ¡Usted ha venido aquí a humillarme!

—Don Riquelme, se lo aseguro, he venido a cazar un venado, y lo del críquet no ha sido otra cosa que un amable y divertido pasatiempo.

Es listo este chico. Pero tiene un defecto: se fija excesivamente en Paula, y se han hecho

ojitos mutuos. Claro que entre un profesor y una alumna es lógico el crecimiento de una amistad.

He acompañado a Rodrigo al rececho del venado. Un tipo habilidoso. Modesto le mira como si se tratara de Sharon Stone en sus mejores tiempos. Es de esos
hombres que también parecen guapos a los hombres sin faralaes en el ánimo.

Después de subir y bajar por umbrías y solanas —mis canillas han resistido—, Modesto ha visto al ciervo. Un enorme venado, con unos candelabros de aúpa.

—Aguarde, don Rodrigo, que está todavía a mucha distancia.

—¿Cuántos metros, Modesto? —ha preguntado Rodrigo.

—Según mi telémetro, a 365.

—Esos no son metros.

—¿Le abro el trípode de apoyo?

—A pulso, que es más deportivo.

Rodrigo se ha recostado en el tronco de una encina, se ha encarado y, con una soltura envidiable, ha disparado. El venado ha caído seco.

Modesto, fuera de sí:

—¡Bravo, megabravo, don Rodrigo!

Al llegar al lugar del óbito cervuno, el pasmo de la hazaña: veintitrés puntas, con amplias palmas y en perfecto estado de revisión. Nos hemos abrazado y Modesto, aprovechando que el río Valdavia pasa por Osorno, se ha abrazado a Rodrigo también.

En casa, Paula también le ha dedicado un cariñoso abrazo con ósculos incluidos, y don Riquelme le ha felicitado con gesto de rencor.

Mientras nos vestíamos para cenar, Paula me ha comentado, como quien no quiere la cosa:

—Es estupendo.

—¿El venado?

—No, Rodrigo.

Paula tuvo sus más y sus menos con un tío violador. Fue la causa de su ingreso en el noviciado. Pero su abandono y posterior boda conmigo no han menguado su profunda fe

religiosa ni su compromiso con los diez mandamientos. No obstante, habrá que extremar las precauciones, porque la carne es débil y Lucifer astuto.

* * *

Hemos recibido un oficio del juzgado de la juez Bolañas: causa archivada, y las costas a cargo de la sinvergüenza de la denunciante. Por otro lado, el juzgado me envía un talón judicial por valor de 187 euros en concepto de indemnización por haber sido encarcelado durante un día con injusticia. El asunto del acoso sexual al pedo mal tirado de Lorenza Peronilla Carrascosa ha entrado en los anales del olvido. Pobre botijo.

Rodrigo nos ha abandonado porque tenía unos ojeos de perdices en Celajes, la finca de Pepe Madroñosaltos. Se matan muchos pájaros, y todos ellos de verdad, ninguno de lata. Y hemos fijado para mañana, después de la misa y el desayuno, el partido de Paula contra don Riquelme. El ambiente es de final de la copa de Eu- ropa, y se han cruzado apuestas. Modesto ha llevado a Fragoso, el taxidermista, el venado de Rodrigo. De vuelta, un comentario:

—Señor marqués, don Rodrigo no le tiene nada que envidiar a Paul Newman.

Es marica de sierra, volcánico y arocho.

Y, como era de esperar, Barrabás en su Velosólex. Oficio municipal con carta de la alcaldesa:

Querido Marqués:

Me ha resultado imposible convencer a los concejales del PP y de Ciudadanos. Lamento profundamente mi fracaso. Como leerá en el oficio, de acuerdo con la Ley de la Memoria Histórica, los restos de su padre, que en paz descanse, se exhumarán ante la ministra de Justicia el próximo 3 de diciembre, y no hay margen para el recurso. Yo también asistiré por imperativo legal. La hora se ha establecido de acuerdo con las posibilidades de la señora ministra, a las 11 de la mañana. Y de allí, sus restos serán trasladados al cementerio Eusko Gudariak de Amorebieta, donde serán inhumados. Lamento proporcionarle tan grande e injusto disgusto. Suya afectísima. La alcaldesa de Guadalmazán del Marqués.

—Tomás, que se presente Pepillo, inmediatamente.

—Ahora mismo, señor. ¿Malas noticias?

—Malas y buenas. Nos vamos a divertir. Adelantamos el proceso tanatorial a la madrugada del domingo al lunes. Avisa a Miroslav.

—*Ipso facto*, señor marqués.

Domingo completo. Santa misa, cróquet y cambio de ataúd para los restos de papá.

Pepillo jamás falla. El muñeco de muelles que ha comprado en Sevilla, el mayor de la gama, es perfecto. Lo hemos probado en el ataúd que nos han mandado de la funeraria La Esmerada y sus efectos son impresionantes. No solo al abrir el féretro surge y salta casi dos metros de altura, sino que emite un sonido de carcajada sorda que nos ha hecho reír a todos. Simultáneamente, la caja de música con la canción *¿Qué pasa en el Congo?* se activa con un reducido mando a distancia que pulsaré segundos después del salto del muñeco de muelles. Le he ordenado a Colombís que gratifique con 1000 euros a Pepillo por su brillante cumplimiento del deber.

Miroslav ya lo ha dispuesto. A las 12 en punto, Aniceto el Perdigón, guarda y sepulturero del cementerio, nos abrirá las puertas. Como el cementerio dista unos ochocientos metros de la primera casa del pueblo, para no llamar la atención camuflaremos los coches bajo los pinos que cubren el viejo depósito, ya inutilizado.

Ya está dispuesta, y ha quedado de dulce, la lápida con el nombre del falso príncipe francés. No resulta agradable la exhumación de un padre, pero, a medida que se acerca el día y la hora, me pongo más cachondo.

Cena animada. Sueño profundo después de unas caricias. Plof en la cama. —Descansa, mi amor, que mañana tenemos la partida. Y Paula, roncando.

* * *

Misa dominical. Liviana prédica. Don Riquelme se ha limitado a deplorar la persecución de los cristianos en las naciones mahometanas. El Altramuz ha oficiado de monaguillo y lo ha hecho con donaire.

En el desayuno, la conversación se ha ceñido al cróquet. Don Riquelme se ha cambiado la sotana negra por la blanca y Paula ya está uniformada según las normas.

Mucho gentío, todo de La Jaralera, asiste al partido. Grandes ovaciones para Paula y abucheos a don Riquelme cada vez que marraba un golpe. Victoria apabullante de Paula. Don Riquelme,

hundido.

—Lo de hoy ha sido sorprendente. He perdido contra una consumada petarda.

—El petardo es usted, padre. No evoluciona, sigue igual, mientras que yo he
tomado clases de perfeccionamiento.

—En tal caso, usted es una tramposa.

Intervención inmediata por mi parte:

—O retira inmediatamente lo de petarda y tramposa o duerme esta noche en un cuchitril del arzobispado.

—Lo retiro, porque reconozco que mi indignación ha vuelto a endemoniar mi lengua. Pero nadie me había advertido de que la señora Paula hubiera dado clases de cróquet en los últimos días. ¿Dónde y con quién?

—En Jerez y con Rodrigo —ha confesado, radiante, mi mujer.

—Ya advertí en ese chisgarabís excesivas petulancias.

—Mi victoria, con profesor o no, no deja espacios a la duda. Felicíteme sin insultar, padre.

—Por ahora no me sale.

Al menos, es sincero. Cuando se le pase el mosqueo, seguro estoy de que felicitará a Paula. Se ha excusado para sentarse en el comedor, y el condumio ha sido gratificante y magnífico. Erostarbe, que le ha ganado una apuesta a Slutar, nos ha ofrecido unos canalones de atún de primer plato y filetes de ternera con puré de patatas de segundo. Comida a la antigua, que es la buena.

Siesta pasional. Paula receptiva hasta límites pecaminosos. No deja de pensar en el repaso que le ha metido al pobre don Riquelme.

Esta noche, todos tenemos que encontrarnos frescos, ligeros, intuitivos y seguros. Sueño largo. Al despertar, de nuevo Paula insistente.

Galope desmedido. Algo decepcionante en los pormenores del acto, cuando ella, con los ojos cerrados y expresión de placer cimero, me ha susurrado:

—Así, así, Rodri.

Intentaré averiguar el motivo de ese traslado de nombres de su mente.

* * *

Cena frugalísima. La agilidad es primordial. A las 11:45 hemos partido hacia el cementerio, mi cementerio, de Guadalmazán del Marqués, de Guadalmazán de mi persona. Aniceto nos abre la cancela. Seis centinelas, con Besaviejas ya informado de los pormenores del dispositivo que culminar, guardan por el exterior las tapias del

camposanto. Paula, Pepillo, Flora, María, Julio el Rastrojero, Modesto, Altramuz, Erostarbe, Nagore

—la pinche de Erostarbe, y probablemente su amante—, Tomás, Slutar e Irenka en el interior. Aniceto ha procedido a sacar de su encierro el ataúd de papá. Don Riquelme ha entonado la canción Hacia ti, Morada Santa y ha sido silenciado. Con esa voz que tiene se oye el cántico en Tarifa. No quiero mirar. El féretro nuevo de La Esmerada acoge con sorprendente naturalidad los restos de papá.

Aniceto Perdigón los deposita con mimo en su nuevo ataúd. Y todos acompañamos a mi padre hasta su penúltima morada, porque esto no va a quedar así.

Preces de rigor y descenso hasta la tumba. Ayudan a Aniceto Cornaditas, un novillero con poca suerte, y el Encias, ayudante de Perdigón en los entierros, y hombre de pocas palabras. Se coloca la lápida: «S.A.R. Le Prince Ferdinand Xabier de Polignac y Deauville. 1907-1975». Es papá, y rezo por su alma, y le susurro en la noche lo mucho que lo quise a espaldas de mamá.

Vuelta al panteón. Aniceto deposita la caja de música. Hago una prueba. La activo con el mando y se oye la bella melodía congoleña. Toma con mucho cuidado el muñeco de muelles, va disminuyendo el espacio y finalmente consigue, a pesar de la presión hacia arriba que ejerce el muñeco, cerrar el ataúd. Y retorna a su sitio, en espera de que lo vuelva a ocupar mi padre.

En menos de una hora, asunto finalizado. Todos, en un silencio obligado por los ánimos, abandonamos el cementerio. Colombís reparte los sobornillos y los guardias del exterior dejan sus puestos. Besaviejas me da el pésame. No se ha enterado de nada.

Irenka se acerca.

—Todavía sigo preocupada por mi mala actuación, señor marqués. —Me traduce sus palabras Slutar.

—No tiene importancia.

Paula me aprieta el brazo.

—Es guapísima.

—Como de cuento.

—Siento celos.

—Yo también.

—¿De Slutar?

—No, de ti. Ayer, al terminar el traqueteo, me llamaste «Rodri».

—No es verdad.

—Te lo aseguro.

—Un despiste.

—O el subconsciente.

—Vaya, vaya.

VIII

—Tomás. Encarga a María o Flora que laven y planchen con mimo la bandera de los Sotoancho con nuestro escudo de armas para la falsa exhumación. Como jefe superior del servicio doméstico te encomiendo lo que sigue: todos los varones, de luto riguroso y con corbata. Los militares serbios a la orden de Miroslav con sus uniformes y brazalete negro en lo alto de la manga izquierda. Las mujeres, de luto y velo. Si Irenka no tiene vestido negro, que Flora le consiga alguno del pasado. Los guardas, uniformados de gala y con el brazalete de luto. Vamos a impresionar a esa ministra. Y no es necesario ningún coche funerario para trasladar a papá al cementerio de Amorebieta, porque, a la vista del muñeco y la caja de música, no creo que la fiera esa insista. Avisa a Morazarzal, el notario, para que levante el acta de la exhumación que no se exhuma. Y a las 10:45 todos en el cementerio. Alquila el autobús de Pedraja, el transportista.

* * *

Todos en el cementerio. Una muchedumbre de negro compacta y elegante. La ministra y tres funcionarios oficiales —entre los que se halla un forense—, llegan con su servicio de seguridad con 18 minutos de retraso. Nos saludamos con una leve inclinación de cabeza, sin estrechar las manos. Ella, con gesto de cabreada, como siempre.

—Señora ministra, tengo entendido que usted estudió en el colegio Alameda de Osuna, que es un colegio de nobles, de ricos y de pijoteras. Ahí le debieron enseñar que la puntualidad es un gesto de buena educación. Usted está abusando de mi dolor. Cuando lo autorice, principiaremos con la injusta y arbitraria exhumación de los restos mortales de mi padre, el séptimo marqués de Sotoancho, y propietario, como yo en la actualidad, del cementerio de Guadalmazán. Y le agradezco el detalle de que no se haya hecho

acompañar ni por Baltasar Garzón ni por el comisario Villarejo. Se trata de un gesto que jamás olvidaré.

—Procédase —ha dicho la enfadada.

Para que el forense y el notario, amén de la ministra como notaria mayor del Reino y de los funcionarios que le acompañan, verifiquen la ocupación del ataúd de los restos de Papá, hay que caminar unos cincuenta metros desde el panteón al depósito nuevo. Don Riquelme, Miroslav, Tomás, Pepillo y yo entramos en el panteón. Perdigón y sus ayudantes han levantado la lápida con el nombre del difunto: «Ildefonso Ximénez de Andrada y Valeria del Guadalén, VII Marqués de Sotoancho». Hemos cubierto con la bandera y escudo de armas de la Casa el ataúd, y mientras don Riquelme bendice y reza, a hombros de los cuatro hemos sacado el féretro del panteón, cubierto con la bandera, rumbo al depósito. Silencio, estética y elegancia en el centenar de personas que nos acompañan, todos ellos con raíces en La Jaralera. Irenka, de negro, está más buena que el codillo con puré de patatas y chucrut de Horcher.

El notario, muy quedamente, ha sido avisado de lo que se va a encontrar, y parece no dominar la risa. Depositamos el ataúd y Perdigón, con mucho cuidado, procede a levantar la tapa.

El muñeco salta dos metros y emite un sonido tétrico. La ministra pega un alarido. Yo pulso el botón y activo la canción *¿Qué pasa en el Congo?* Un funcionario del Ministerio de Justicia se desmaya del susto. Los policías de seguridad de la ministra disimulan sus deseos de carcajadas. Y todos los que componen el núcleo humano de La Jaralera estallan en una

sonora ovación. Sin la caja de música y con el muñeco a siete metros del féretro —le pasó rozando al representante de la Memoria Histórica—, la ministra, que se hallaba a cuatro patas en el suelo, se ha incorporado. Brusca.

—Espero una explicación inmediata.

—Señora ministra, desconocía lo que guardaba el ataúd de mi padre. Pero a la vista de todos queda demostrado que sus restos no se hallan.

—Está usted boicoteando un mandato oficial y judicial.

—Insisto en mi ignorancia. Si usted lo ordena, señora ministra, exhumamos
todos los restos de los aquí enterrados, que superan los dos centenares de inhumados, y calculamos por su estatura cuáles son los huesos de mi padre. Medía 1,86 y tenía las piernas muy largas. Y bigotes, pero ya me dirá su excelencia dónde estarán sus bigotes. Por otra parte, yo le recomendaría, señora ministra, que aten- diera a su acompañante forense, que yace en el suelo como consecuencia, y no soy médico, de un repentino pipirlete vascular.

—Esto no quedará así, Sotoancho.

—Pues haga lo que quiera, Delgado.

—Señora ministra Delgado.

—Señor marqués de Sotoancho.

Ha sido avisado el doctor Celofán. En un minuto, su Seiscientos ha dejado el trino de su sonido al pisar el acelerador para cargar la batería al detenerse. El doctor ha examinado al yacente y preguntado a la ministra:

—¿Quién era?

—¿Por qué pregunta en pasado? Es mi forense jefe de la Memoria Histórica.

—Ha fallecido. Se ha muerto de un susto, señora ministra.

—No se preocupe —he intervenido yo—, porque, al ser de mi propiedad este cementerio, podemos asignarle el enterramiento G-81, que está libre y dispuestito. Y le regalo la tumba.

—Sotoancho…

—Delgado…

—Usted sabe dónde están los restos de su padre, el franquista.

—Mi padre jamás fue franquista; mi madre, sí. Tan franquista que no la informamos del fallecimiento del Caudillo hasta que pasaron 17 años. No sé dónde habrán ido a parar los restos de papá, porque ya he cumplido los 80 y mi padre falleció cuando me sentía brotado de acné juvenil, a los 16 años. Han transcurrido 64 años desde el fallecimiento de mi padre y la que se encargó de todo fue mi madre, también fallecida y sita en aquel nicho, el N-87, desde que nos dejó cinco años atrás. Si mi madre decidió incinerarlo, nada me dijo. Si estaba de buen humor y quiso gastarnos una broma con el muñeco y la canción *¿Qué pasa en el Congo?*, lo mismo de lo mismo. Yo soy el primer sorprendido.

—A propósito, Sotoancho, ¿qué pasa en el Congo?

—Que a blanco que pillan lo hacen mondongo.

—Es usted el causante del fallecimiento de mi forense jefe, Sotoancho.

—Su forense jefe, Delgado…

—Ministra Delgado…

—Marqués de Sotoancho, por favor…

—Usted es responsable de su muerte instantánea por el susto del muñeco.

—Insisto en mi hospitalidad fúnebre. Y el señor notario está levantando acta de lo sucedido, de sus insinuaciones, de sus falsas acusaciones y del susto que ha dejado pajarito a su comisario de Checas.

—Usted no sabe con quién se la está jugando.

—Con un bicho. Lo sé. Pero me importa un bledo.

—¿Ordena que inhumemos al muñeco y la caja de música en Amorebieta? Levante acta, señor notario.

—Investigaremos. Esto no puede quedar así.

—¿Nos quedamos con el fiambre del asustadizo o se lo lleva?

—Me lo llevo.

—Puedo llamar a una ambulancia. Por aquí tiene mucho prestigio

la empresa de ambulancias La Sirena. Tomás, llama a La Sirena, que manden una ambulancia inmediatamente. Doctor, ¿el difunto ha fallecido de muerte natural?

—Naturalmente.

—Pues aquí la dejo, señora ministra. Eso sí, la ambulancia la paga usted, que no estoy para cohetes.

Creo que ha sido el momento más divertido de mi vida. Con el acta del notario, el certificado del médico, la declaración del sepulturero y la constatación de los hechos de más de cien testigos, la Memoria Histórica y la ministra histérica no tienen nada que hacer.

Si hay que echarle la culpa a alguien, que sea a mamá.

Hemos dejado a la ministra en el cementerio con el muñeco causante del infarto del comisario de la memoria esa, y en el autobús, rumbo a casa, hemos entonado las siguientes canciones: Eres alta y delgada como tu madré, morená saladá, El porompompero, Que viva España y Cuando un amigo se va, lo que le cantaron a Chanquete cuando murió en Verano azul.

Llegados a casa. Fuera lutos. Papá descansa en su sitio bajo el nombre de un príncipe francés. Falso, pero príncipe.

El muñeco ha matado del susto al comisario político.

La ministra ha sabido lo que pasa en el Congo.

Los testimonios son abrumadores a mi favor.

Y para celebrarlo, Colombís de Colombás, que se esperaba los acontecimientos, ha encargado a Erostarbe angulas. Angulas de Seín, en Bustio. Las mejores. Y no para la mesa principal, sino para todos los que trabajan y viven en La Jaralera. Irenka ha puesto carita de asco.

Miroslav le ha susurrado:

—Irenka, angulie za pravdanie celectiç mirodvia.

—Traducción.

—Irenka, las angulas son de verdad el plato de los dioses.

Y ella ha preguntado.

—¿Saladiç o bilbodaiciç cazuelva o guindulav?

—Traducción.

—¿En ensalada o a la bilbaína en cazuela y con guindilla?

Y se ha zampado tres cazuelas.

* * *

IX

Centenares de llamadas, titulares de prensa, peticiones de entrevistas… Hay que escapar hasta que se calme la Memoria Histórica. Huyo con Paula unos días a la montaña. Me encanta Cantabria, lo que antaño se llamaba la provincia de Santander. Y el oriente asturiano. Viaje en coche con descanso en Madrid. De Madrid a Santander con parada en Burgos, en el Landa, donde ya quedan pocos de sus formidables fundadores.

José Luis, Pilar… En el Landa se facturan 150 kilogramos de morcilla cada día, y los fines de semana, 450 o 500 kilos. Periplo gastronómico: Cofiño en Caviedes, en Comillas; el Real Club Estrada, en Santander; el bar del Puerto, que tiene las cigalas con más trapío de España; en San Vicente, el Boga-Boga de los Santovenia; en Bustio, Seín, con sus angulas maravillosas; en Llanes El Mirador de Taró, de Sergio, junto a la playa agreste y en plena reserva de caza. Allí, con Sonia su guarda y acompañado por mi amigo Ricardo Escalante, su cuñado Mani, el conde de Labarces, y Luis Salcedo, abatí un corzo desde el cementerio de Tresgrandas, que cayó seco, sin sufrimiento. Y en Liébana, en Potes, Casa Cayo y El Oso, donde se sirven los mejores cocidos lebaniegos del universo mundo. Voy a volver como Cristina Almeida, pero merece la pena. Lástima que hayan cerrado La Rabia en Comillas, falda de Trasvía, y El Ocho en Ruiloba, que daba vida y

color, junto a la bolera, al barrio de la Iglesia.

Así que entrábamos en Cofiño —Ricardo me consiguió la mesa, porque su sobrino Rubén Cofiño es uno de los propietarios—, cuando nos sorprendimos con la presencia de Rodrigo, que tomaba en soledad el aperitivo.

—¡Rodrigo! ¿Qué haces por aquí?

—He venido a jugar un campeonato de críquet en Somió, en casa de Graciela y Luis de la Peña. Compiten los mejores.

La carita de dulce que ha puesto Paula al descubrir a Rodrigo me ha herido en melancolías. Hemos comido juntos. Le hemos contado las peripecias de la exhumación y Paula le ha preguntado si puede jugar el campeonato.

—No depende de mí, pero llamo a Graciela inmediatamente.

Rodrigo se ha levantado para fumar un pitillo y hablar con Graciela.

—Qué casualidad habernos encontrado con Rodrigo —ha dicho Paula.

—Si, sí, qué casualidad.

Rodrigo.

—Encantada. Jugarás de pareja con un Álvarez-Sala, que son los Messi del críquet. Mañana en Gijón a las 12. Comemos en su casa. Tú puedes venir también, Cristián.

—Hombre, muchas gracias.

Nos han convidado los Cofiño a las copas y los cafés de la sobremesa.

Estoy mosqueado.

Ha sido Paula la que me ha sugerido comer hoy, precisamente hoy, en Cofiño.

—Mejor mañana, Paula. Como estamos en el Hotel Real de Santander, lo lógico es que hoy almorcemos en el bar del Puerto.

—Es que me hace ilusión conocer Cofiño.

Y en Cofino, Rodrigo. Una casualidad rebosada de casualidades.

—Esta noche cenaremos en el bar del Puerto. Si te apetece, te unes —ha informado Paula.

—Me uno, cómo no.

O Rodrigo es un gorrón o aquí hay gato encerrado.

* * *

Muy gorrón. Ha cenado percebes, anchoas, camarones y salpicón de bogavante de aperitivo. De primer plato, dos cigalas cocidas con trapío quinqueño; de segundo, merluza rebozada con patatas, y de postre, dos tocinillos de cielo. Y han hablado solo de cróquet. Paula muy animada. He optado por no acudir a Somió y pasar el día con mi amigo Ricardo Escalante en Cosgaya, comida en El Oso con un cocido lebaniego con morcillita y un breve paseo por el hayedo enfrentado al Oso, que es una maravilla. Pero, antes de salir hacia Gijón, he advertido seriamente a Paula.

—Lo de este Rodrigo empieza a tocarme los albaricoques.

—No te preocupes, mi amor. Creo que es gay. Fíjate en los escorzos que hace cuando se levanta de una silla.

—No me había fijado.

Día maravilloso. En Mazcuerras, el vivero de los Escalante. Ahí conocí a Solita y Manolo, que en mi alma llevo. Ricardo se casó, en una agradable noche de octubre en la que cayeron, aproximadamente, 432 litros de agua por metro cuadrado, con Montse, que es de Cabezón con raíces catalanas y gallegas. Me impresionó la homilía del párroco de Mazcuerras, pronunciada con un dominio de la palabra fuera de lo corriente. Y de aquella unión nacieron cuatro niñas, María, Isabel, Car- men y Sole, a las que pienso dejar una parte de mi herencia. Ricardo, que es muy caprichoso —en Cofiño le dicen Caprichosín o el Consentidu—, convenció a Ana para que añadiera al cocido del Oso morcilla, y creo que acertó plenamente. Ana está casada con un dentista a la par que veterinario de origen ruso-lebaniego, pues su nombre es Vladimir. Es muy envidioso y sus fantasías las centra en Carolina de Mónaco, siempre que Ana se lo permita. Además es el apoderado del único novillero de Potes, Chicuco de Mieses, que cortó dos orejas en la prestigiosa corrida de La Hermida, saliendo a hombros del público y lanzado posteriormente al río, que bajaba rompiente. Los condes de Labarces, que iban a acompañarnos, se han desplazado también a Somió. Ella es también muy antojadiza y le ha dado por el cróquet.

En el hayedo, que hace pocos años era hogar y lugar de amores de los urogallos,
ninguno queda.

Hemos visto corzos, y cuando las corvas me han avisado de cansancios y futuras agujetas, ya nos tenía preparado Ana el cocido, que nos ha servido Ala, una belleza moldava que se ha hecho más lebaniega que una alquitara de orujo. Carlos Hazas se ha unido al cocido y nos hemos reído la mar con los chistes verdes de Ricardo, alguno muy subidito de tono.

De vuelta al Hotel Real, siestecilla de soltero. Paula me ha llamado. Han que- dado subcampeones y está feliz. Como nos lleva un taxista contratado a tiempo total, he reservado en Seín, en Bustio, una mesa para comer mano a mano con mi mujer las mejores angulas.

Al llegar a Bustio, qué casualidad, también estaba Rodrigo.

—Oye, Rodrigo, que esto está pasando de castaño oscuro.

No se ha dado por aludido. Tanto es así, que se ha zampado de primero angulas en ensalada y de segundo cazuela de angulas. Paula me susurra aprovechando que se ha levantado para ir al cuarto de baño.

—No le he dicho nada, mi amor. Simplemente, se ha apuntado.

—Es una pesadilla, Paula. Se acopla a cualquier plan.

Mañana he reservado para comer en el Real Club Estrada. Temo encontrarme con Alfonso Ussía, que va mucho por ahí, aunque me cae de maravilla Pili, su mujer, que no sé cómo lo aguanta. Soy socio, y le he dicho a mis amigos Adolfo y Raúl Herrera que prohíban la entrada a Rodrigo. Mano a mano con mi niña.

El Club Estrada es para los que aquí llaman «papardos» y veraneantes. Se come de cine, y su cocinera Marga hace las mejores tortillas de patatas de España. Noe- lia y Carmen, que es muy alta y tiene bastante genio, atienden el comedor, y de la barra se ocupa Adolfo, un tipo formidable.

Llegados al club, en la barra, Rodrigo.

Adolfo se ha disculpado.

—No ha habido forma. Le hemos dicho que no es socio, que el club es para socios e invitados, que a él no lo había invitado nadie, y me ha contestado que sí, que su mujer le ha citado aquí.

—Estoy más que escamado. Adolfo, ¿tú crees que es gay?
—No.

Como para celebrarlo. Han hablado de críquet y empiezo a estar del críquet hasta las narices.

He preparado una artimaña. Voy a decirle a Rodrigo que cenamos en Cerrazo y también a Paula, y reservaré mesa en Cofiño.

La siesta, áspera. Paula insiste en que es gay, y a mí me parece que es falsa esa percepción y que a Paula le gusta Rodrigo más que comer con los dedos.

—Cenaremos en Cerrazo, en lo de Luis Bustamante.

—¿Pariente del cantante?

—No creo, el cantante es de San Vicente. Mañana iremos a comer al Boga-Boga. Y espero que no esté Rodrigo.

Le he dicho por lo bajini al taxista, que se llama Godofredo, que nos lleve a Caviedes. Entramos en Cofiño, y Rodrigo.

—Qué casualidad. Pasaba por aquí y he pensado que quizá os encontraría. He llamado a Cerrazo y me han dicho que hoy está cerrado.

No puedo soportarlo. Me pinchan y no sangro. Me hacen cosquillas en las plantas de los pies y nada siento.

Este tío es capaz de colarse en una cena oficial del Rey y dar la bienvenida a los invitados.

Paula se mantiene al margen, según ella. Noche en el Real, distante y callada.

Paula se levanta, se ducha, se viste y me dice que se va a pasear por el paseo de Pereda porque estoy antipático.

Y me llama Graciela, la viuda de Luisín, mi amigo:

—Oye, Sotoancho, ¿están bien tu mujer y el croquista jerezano?

—Muy bien. Paula está feliz por haber quedado en segunda posición.

—Me alegro. Pero no vinieron.

—¿Cóooommmmoooo?

—Que no se presentaron. Menos mal que pude recomponer las parejas. Pero me chocó que no me avisaran.

—¿No se presentaron?

—No, Sotoancho.

—¿No se disculparon?

—Nada, nada, pero no tiene importancia. Te he llamado porque creí que les había pasado algo.

—Algo les ha pasado, sin duda alguna.

Huy, esto huele a chamusquina.

A la una bajo al bar del hotel. Y ahí está Rodrigo, disimulando. Llega Paula del paseo y se hace la desconcertada.

—¡Rodrigo! ¡Qué casualidad!

Me asaltan nubes marengas, de panza de burro. Me muestro irónico.

—Has quedado subcampeona y no me has enseñado el trofeo.

—Me lo olvidé, mi amor. Lo dejé allí.

—¿Es tan bueno como dicen Álvarez-Sala?

—Impresionante.

—¿Jugaste bien?

—Estoy bastante contenta.

—Es que me ha llamado Graciela para decirme que no fuisteis.

—Qué tontería.

—Estuvimos, y Paula perdió por los pelos la final

—interviene Rodrigo.

—Rodrigo, ahora mismo te levantas y te vas a tomar por saco.

—¡Cristián!

—Ni Cristián ni albóndigas. ¿Dónde estuviste con mi mujer?

A Paula se le escapa una lagrimilla.

—Mi amor, no indagues.

—Indago.

—Rodrigo me dio una clase gratuita y se nos pasó la hora.

—¿Dónde, la clase?

—En un hotel.

—Rodrigo, desaparece. Tengo poder para matarte.

—No pasó nada, Cristián.

—Desaparece *ipso facto*, ¡ya!

Gran cobarde. Vestido de cróquet sale huyendo y nos deja solos. Paula llora.

—Mi amor, me has puesto los cuernos.

—Solo unos besos.

—¿Cuántos?

—Unos cuarenta y siete.

—¿Dónde?

—En el hotel Reconquista de Oviedo.

—No lo puedo tolerar.

—Perdóname, amor mío.

—No creo que pueda.

—Es gay.

—Ya.

* * *

X

Esto me pasa por idiota. Con 81 años no se puede aspirar a nada. Lo que es cierto es que el cróquet me ha laminado. Y también que le debo a Paula dos años maravillosos. Todo se termina. Me he despedido de Paula. Que se lo piense. Si quiere volver, que lo haga, y si insiste en Rodrigo, que se quede con él. He pasado muchos avatares y tengo fuerzas para luchar en otros campos, pero no en el amoroso. Paula está destrozada y me ha pedido volver conmigo a casa. Pero creo que se lo tiene que pensar. Sin ella, todo va a ser más triste, pero también más natural. Hay que entender sus reacciones. Pero que sea Rodrigo me saca de quicio. Este busca mi dinero. Y mi dinero es mío.

Vuelo a Sevilla desde Santander. El billete es más caro que para volar a Singapur. Me ha tocado de compañero un conservero, que me ha explicado uno por uno los pasos técnicos que se precisan para convertir seis anchoas recién pescadas en seis anchoas en conserva. Muy interesante, pero demasiada anchoa. Miroslav me espera en el aeropuerto. Me pregunta:

—¿La señora?

—Se ha quedado en el norte jugando al cróquet.

Como es inteligente, no ha insistido. Pero me ha dado un adelanto informativo.

—Slutar e Irenka han discutido. Según he sabido, se ha metido Tine de por medio. El ambiente está espeso. No puedo permitir que mis soldados discutan por esas tonterías. Perder la cabeza por una mujer es una tontería a cierta edad.

—Tienes razón, Miroslav. Pero tú eres joven.

—Un coronel serbio sin patria y con 55 años no es joven, señor. Y Slutar, más o menos, es de mi edad.

—Hablaré con Tine, con Slutar y con Irenka, pero me tienes que traducir.

—Lo haré encantado, señor.

El colmo. Me ponen los cuernos y me dispongo a solucionar las cornamentas ajenas. Cuando termine mis gestiones, me voy a dedicar a coleccionar sellos, pegando algún tirito y nada más. No estoy disfrutando de mi campo. Ahora me apercibo de lo importante que es.

Carmela me ha recibido en la puerta. Está con su niña. Esta mujer me quiso y me quiere. Pero también eligió la juventud. Hizo muy bien. Por ahí, en Londres con los niños, anda Elena. Pero tiene muy mal carácter. Lo de Paula me ha desquiciado.

Tomás tampoco pregunta, y menos aún don Riquelme.

—Me temo, padre, que se han terminado las partiditas de cróquet durante una temporada.

—Es lo más desagradable de esta situación —ha dicho el muy egoísta.

He citado a Irenka en la casita del Acebuchal. Conduzco mi Rana. Me espera en la puerta. Miroslav me hace de intérprete.

—¿Qué ha sucedido, Irenka?

—Que Slutar es seco, y Tine, húmedo.

—Pues humedece a Slutar y seca a Tine.

—Cuando una serbia toma una determinación, no se vuelve atrás.

—Slutar es un gran tipo.

—Pero se ha cansado de mí como yo de él. Y cuando estaba usted en el norte, le sorprendí en el pueblo besando a Francisca, la panadera.

—Es muy vistosa.

—Y desleal. También me han contado que a usted le ha salido el cróquet por la culata.

—Un poco, Irenka.

—Me gustaría jugar al cróquet.

—Los yugoslavos sois muy hábiles. Prueba con don Riquelme.

—¿Usted me autoriza?

—Irenka, en esta casa, la libertad es un bien común.

Y se ha acercado y me ha dado un beso.

En su sitio. Todavía me gana Paula 47 a 1.

Lo cierto es que Irenka se sale de lo común. Es alta, fuerte, rubia, poderosa, con una piel de cine sonoro y unos ojos demoledores. De vuelta a casa, Miroslav me lo ha advertido.

—Cuidado, señor, no caiga en sus redes.

—Yo amo a Paula, Miroslav.

—Rece para que vuelva.

—Pero no la he perdonado.

—Rece para perdonarla.

—Y a Rodrigo, le daría un buen palo.

—No hace falta que rece, yo se lo daré.

—Miroslav, vamos a visitar la tumba del príncipe de Polignac de Deauville.

—Gran príncipe, señor. Venció en la playa de Deauville a los ingleses a las órdenes de conde de Garnfield.

—Menudo pájaro, Garnfield. No hay nada como inventarse héroes, Miroslav.

—A nuestra edad, señor, es lo único que nos queda.

—A ti te queda María.

—El último recurso de mi vida, exceptuándole a usted.

—Gracias, mi coronel.

—A las órdenes de vuecencia.

* * *

Creo que por primera vez en muchos años mi cabeza me recomienda serenidad. He pasado demasiado en estos últimos meses, y Paula siempre ha estado conmigo. Irenka me conmueve, pero no me convence. Es de esas mujeres que a los tres días de yacer con ellas te pide boda y dinero. Paula es mi mujer y ya tiene su dinero, pero no es lo más importante para ella. Lo fundamental es el cróquet, y yo he sido culpable de su principal fundamento.

En la televisión dan un partido del Barcelona. Ha perdido. Veo algo de luz. No entra en mi cabeza llamar a Paula. Lo interpretaría como una sumisión cornuda. Pero, inesperadamente, es ella la que me llama.

—Me tienes que perdonar, amor mío.

—Te tengo que perdonar 46 besos, según tu información.

—Eran 47, mi amor. Y algo más. Pero me siento sucia, asquerosa.

—¿Rodrigo finalmente es gay?

—No es gay. Es un buscavidas, un cerdo y un interesado.

—No voy a preguntar nada. ¿Vuelves?

—Si tú me lo permites, vuelvo y no me moveré de tu lado jamás.

Me he mantenido firme, con la voz aguardentosa, pero mis ojos llenos de esas lágrimas tan raras que salen de la felicidad.

* * *

—Planta tomates en el cróquet, Cristián.

—¿Ahora que eres una crack?

—Soy tan buena que me aburre.

—El cróquet seguirá toda la vida.

—¿Don Riquelme se entrena?

—No deja el mazo ni para decir misa.

—¿Y con quién juega?

—Mañana, con Irenka.

—Pues no lo voy a consentir.

—No puedo prohibirlo. Has abandonado tu sitio.

—Perdóname, mi amor.

—Una sola pregunta. Eso… ¿sí?

—Bueno, la puntita y poco más.

—A pesar de la puntita y poco más, te espero con mi amor abierto.

—Te quiero, te quiero, te quiero…

Lo de la puntita y poco más, sinceramente, me ha herido. Pero me

he acordado de lo que me contaron de un barón de Barcelona, casado con una belleza, él con monóculo, y al que le preguntaron una tarde sus amigos en el Club del Liceo el porqué de sus tolerancias matrimoniales. El barón, que era además marqués de algún castillo viejo, y padre de un escritor y malísimo actor de cine, respondió con su conocido ceceo : «Ez que no hay que darle importancia a que le metan a tu mujer una puntita azí, máz o menoz», señalando con el meñique. Y he sonreído.

Por otra parte, Miroslav le va a dar un par de guantazos a Rodrigo.

—No se preocupe, señor. Con la mano abierta.

Mañana llega Paula.

* * *

En Jerez. Plaza de Primo de Rivera, que ahora se llamará de cualquier manera. Allí vive Rodrigo. Miroslav aguarda bajo un naranjo. Un taxi. Sabemos, por Paula, su hora de llegada a Jerez. Desciende Rodrigo, paga sin propina, y con su equipaje y su mazo, se dirige hacia el gran portalón de su casa. Más portalón que casa, según me informó ya cumplida su misión.

Rodrigo toca un timbre y la gran cancela de hierro forjado se abre. Miroslav interviene.

—Perdón, señor, le ayudo.

Rodrigo reconoce a Miroslav.

—Muchas gracias. Qué casualidad que estuviera usted precisamente aquí.

—Ni casualidad ni churros, lo estoy esperando.

—¿Para qué?

—Para darle dos galletas en nombre del marqués de Sotoancho.

Dicho y hecho. Dos galletas de Aguilar de Campóo. Rodrigo en el suelo. Los viandantes aplauden a Miroslav. No parece ser un jerezano querido por el pueblo. Rodrigo se palpa los papos y advierte una temperatura quemazona. Miroslav se despide.

—Si vuelve usted a jugar el cróquet con la señora marquesa, en lugar de galletas, balazos. A gatas, entra Rodrigo en casa, cierra la puerta.

A gatas, sube por las escaleras y a gatas alcanza el primer piso.

Miroslav ha cumplido con su deber.

* * *

En casa, todo es armonía. Paula ha vapuleado a don Riquelme, e Irenka, por muy yugoslava que sea, es muy burra en el cróquet. Le he contado a Paula lo del beso, y las mujeres, como son así, casi ha estado a punto de enfadarse. Tomás me comenta, mientras me sirve el whisky:

—Señor marqués, compréndalo, esos cuernos han sido lógicos y poco duraderos.

Me lleva Pepillo al cementerio. Llevo un ramo de flores a la tumba de S.A.R. el príncipe de Polignac de Deauville. Las deposito sobre la lápida. Flores de campo de otoño triste, flores pisadas e ignoradas por mi padre y su caballo en los años de vida plena. Y rezo ante los restos de quien allí descansa.

—Padre, te juro sin reservas que volverás a descansar en tu panteón. Al menos, he conseguido que no te saquen de aquí. Te quise mucho más de lo que te demostré en vida, pero ya sabes cómo se las gastaba mamá. Cuando vaya a tu lado, te preguntaré por la paciencia que demostraste con mamá, que era de lo que ya no hay. Duerme tranquilo y espera. La Jaralera está como siempre y el otoño ha sido generoso de lluvia. No sabes, papá, cómo baja el Guadalmecín. Y la albariza, y el soto, y el puente de los plumbagos, por donde casi rebosa el agua. En fin, padre, que poco queda para el reencuentro, y me siento más allá que aquí. Tu hijo que te quiere, que te defiende y que no tuvo tiempo para decirte lo mucho que te añora. Sí, padre.

F I N

Esta novela se escribió entre Madrid y Ruilobuca, Ruiloba, Cantabria. Mi lugar elegido, a punto de la llegada del invierno en la agonía del año 2019 y la tragedia de 2020. Y se la dedico a Pili, a Bosco, a Isabel, a Alfonso, a Juan, a Casilda, a Pedro, a Guzmán, a Santiago, a Tristán, Claudia y a Blanca, esos árboles que están en mi vida y esos árboles que, en mi ocaso, crecen y me regalan mañanas y esperanzas. Ruilobuca, noviembre de 2019.